

GRANDES



AVENTURAS

# INDIANA JAMES

RECUERDE EL ARMA DORMIDA



No hay mejor estimulante para un nadador agotado, que el pensar que los tiburones se relamen al oírle.

Batí dos docenas de records olímpicos y llegué a la playa en un estado de agotamiento total.

Me coloqué bajo unos árboles, mientras descansaba y pensaba qué hacer, en una playa desierta, solo, y en mitad de la noche.



Indiana James

# **Recuerde el arma dormida**

**Bolsilibros - Indiana James - 17**

**ePub r1.0**

**Lds 27.04.18**

Título original: *Recuerde el arma dormida*

Indiana James, 1986

Cubierta: Almazan

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



**GRANDES**



**AVENTURAS**

## CAPÍTULO PRIMERO

No hay mejor estimulante para un nadador agotado, que el pensar que los tiburones se relamen al oírle.

Batí dos docenas de records olímpicos y llegué a la playa en un estado de agotamiento total.

Me coloqué bajo unos árboles, mientras descansaba y pensaba qué hacer, en una playa desierta, solo, y en mitad de la noche.

No debí de meditar muy intensamente, ya que me desperté con los primeros rayos del sol y mi último recuerdo era el de haberme sentado bajo el árbol. Lo primero que hice fue dar un vistazo a mi alrededor, y descubrir que cualquier turista en vacaciones desearía mi situación: sólo en una paradisíaca playa brasileña bañada por el mar y por el sol.

Pero yo no soy un turista, y necesitaba encontrar a alguien que, por lo menos, me invitara a desayunar.

En la lejanía vi unas barcas de pescadores que se acercaban a la orilla, en un punto situado detrás de unas colinas a mi derecha.

Me armé de paciencia y comencé a andar en aquella dirección. Cuatro, ¡cuatro!, horas después llegué desfallecido a un pequeño pueblo de pescadores, formado por unas pintorescas casitas lacustres de madera, de esas que sólo se ven en las postales.

Me recibieron como si fuera «Santa Claus», al grito de: «¡Amigo americano!».

Yo, aprovechándome de su cordialidad, acaricié la cabeza de un par de niños y, con la mayor naturalidad del mundo, pedí por la Embajada Americana.

—No tenemos, señor.

Fingí sorpresa antes de preguntar:

—¿Algún Banco de New York?

—No tenemos bancos, señor.

—No sé..., alguna oficina de alquiler de coches, o de agencias de viajes americanas... ¡Algo civilizado!

Sabía muy bien que allí no debían de tener ni un aparato de TV, pero tenía que encontrar la fórmula para que me dieran de comer y me llevaran hasta algún punto urbanizado.

—Mi primo Nelson, le puede llevar en coche hasta Raotucurú, allí tienen teléfono —me ofreció un nativo.

Con gesto de perdonarle la vida, acepté su invitación, y me vi empujado al interior de algo que difícilmente era más confortable que una cuadriga romana, aunque tenía motor y cuatro ruedas.

En cualquier ciudad el propietario de un coche como aquél, más que tener miedo a la Grúa Municipal, hubiera sentido pavor ante los camiones de recogida de basura, pero el hombre que lo guiaba se sentía orgulloso de ser el único mecanizado de la zona.

Raotucurú era un pequeño poblado formado por no más de dos centenares de casas: contaba con un practicante, una oficina de correos y una centralita de teléfonos estropeada y que tardaría varios días en poder funcionar.

Lo primero que hice fue preguntar por Flossie McCormick, la mujer más hermosa del mundo con la que tenía que vivir una noche enloquecedora. Nadie supo decirme nada de ella. Seguramente me creería muerto y habría abandonado la zona.<sup>[1]</sup>

Afortunadamente Joao Almeida, uno de los muchos primos de Nelson, me ofreció su hospitalidad hasta que la centralita funcionase.

Mi situación estaba solucionada, aunque sólo fuera por unos días. Joao estaba tremendamente orgulloso de que fuera su huésped, y todo el pueblo desfiló por su casa a rendirme pleitesía. Yo, con la mejor de mis sonrisas, repartía trozos de papel con mi teléfono en New York y les rogaba que si alguna vez pasaban por allí, no dejasen de avisarme. Creo que vinieron de todos los pueblos próximos a ver al «americano».

Me sorprendió ver cómo el cartero de la localidad repetía su visita de cortesía.

Pero, en lugar de volver a repetirme toda la cantinela de que él admiraba mucho mi bella nación, y de que le gustaría trabajar en New York, me tendió un sobre con la mejor de sus sonrisas.

—Es para usted, señor James.

Por un momento pensé que alguien del pueblo estaba decidido a gastarme alguna broma pesada.

Cogí el sobre y lo examiné antes de abrirlo.

Llevaba mi nombre correctamente escrito. Sospechoso. Como señas indicaba las de la Oficina de Correos de Raotucurú. En el remite ponía una dirección de Rio de Janeiro, y un nombre:

«HOWARD,  
PHILIPS & TENDERCRAFT,  
ADVOCATES. Sucursal de Brasil».

Abrí el sobre sorprendido de que alguien hubiera podido localizarme en aquel pueblo perdido.

Dentro no había más que una nota y un montón de dólares. Exactamente diez mil dólares en billetes de cien.

Y la nota, que decía:

ESTO ES UN PEQUEÑO REGALO A CAMBIO DE  
QUE USTED NO PARTICIPE EN LA BUSQUEDA DEL  
«CORAZON DE ORO».

¿Qué era el corazón de oro? ¿Cómo me habían localizado aquellos tipos? ¿Tanto valía ese corazón, como para que me hicieran semejante regalo?

En la media hora siguiente agradecí generosamente la hospitalidad de Joao Almeida, la de su primo Nelson, la de todos los habitantes de Raotucurú y la de los habitantes del poblado pesquero. También contraté un coche, a precio de millonario americano, y le rogué a su propietario que me llevara al aeropuerto más próximo.

Entre el viaje en coche, en tren y en avión, fueron tres días agotadores, pero, a media mañana del cuarto día, estaba llamando a la puerta de la sucursal de Brasil de HOWARD,  
PHILIPS & TENDERCRAFT,  
ADVOCATE.



Me atendió una mulata capaz de excitar a una momia milenaria, pero que al ver mi desarrapado aspecto, debió de pensar que no merecía ni siquiera una de esas sonrisas que lanzaba hasta cuando hablaba por teléfono.

Le enseñé el sobre y le pregunté si era de ellos.

En vez de contestarme, llamó por el teléfono interior y dijo que yo le estaba molestando.

Salió un petimetre vestido de blanco, con aspecto de haber sacado sobresalientes en la Universidad de Boston y estar esperando a que muriera «papá» para volver a Estados Unidos y situarse al frente del negocio familiar.

—Soy Abraham Tendercraft... ¿Qué sucede?

Le expliqué que había recibido un sobre con dinero y que quería saber quién era mi «Príncipe Azul».

—No estoy autorizado a decírselo. Simplemente cumplimos el encargo de uno de nuestros clientes.

—Díganle que se confunde... o, mejor dicho, que quiero hablar con él.

—No estamos autorizados a darle ningún mensaje de usted.

Necesitaba saber qué estaba pasando, así que usé un viejo truco:

—¡Está bien! Dígale a ese cerdo asqueroso que no se me compra con tan poco dinero. Y añada que lo encontraré... ¡Y lo mataré!

Y salí dando un gruñido.

En el descansillo llamé al ascensor y retrocedí de puntillas hasta la puerta de la oficina, que había cuidado de no cerrar totalmente a mi salida.

—Señorita Gloria: llame al señor Hodgson al hotel y dígame que *Mr. James* está muy enfadado. Si es necesario repítale las palabras que ha dicho.

Ya tenía todo lo que necesitaba.

Un tipo que regala diez mil dólares a un desconocido es alguien que sólo se aloja en un hotel de superlujo.

Conseguí un folleto de Río en el que venían indicados los hoteles por categorías. Escogí la mejor: cinco hoteles que si hubieran tenido su categoría en estrellas hubieran necesitado toda una constelación.

Llamé a todos preguntando por *Mr. Hodgson*.

—Un momento, no se si ha salido —me dijo la telefonista del SILVER DIAMOND.

Colgué, paré un taxi y le pedí que me llevase al hotel.

Unos dólares aquí y otros allá, me sirvieron para enterarme de que: «*Mr. Oliver Hodgson* ocupa la habitación 734. Ahora ha salido pero volverá antes de comer».

Ascensor, cortaúñas para la cerradura, y me hallé en el interior de la habitación de Hodgson. Sus dimensiones eran ligeramente inferiores a las del palacio de Versalles, y en medio de la habitación, una cubitera con una botella de *champagne* francés y una nota: SÍRVASE, *Mr. JAMES*. VOLVERÉ ANTES DE UNA HORA.

Aquello comenzaba a enfurecerme. No me gusta que adivinen mis movimientos, antes de que yo los realice.

A la una en punto se abrió la puerta y entró Oliver Hodgson sonriente y tendiéndome la mano.

—¡Indy...! ¡No esperaba menos de usted! ¡Sabía que me localizaría!

—¿Qué es el «Corazón de Oro»? —pregunté a bocajarro.

—No tengo ni la menor idea —respondió con franqueza.

—¿Y los diez mil dólares? —pregunté sorprendido.

Sonrió antes de contestar, mientras se sentaba en una de las sillas libres.

Era una persona de rasgos agradables, rostro bronceado, atlético pero sin caer en una musculosidad ostentosa, y un pelo blanco cuidadosamente cortado. Tendría unos sesenta años, pero aparentaba menos de cuarenta.

—Le conozco bien, *Mr. James*. He seguido bastantes de sus aventuras y deduzco que es usted una persona que desconfía, después de sus experiencias, de toda persona que le ofrezca una aventura.

Asentí completamente de acuerdo con sus palabras. No quería más Flossies McCormick en mi vida.

—Por eso... —prosiguió *Mr. Hodgson*—... juzgué que la mejor manera de abordarle no sería ofrecerle una cantidad por realizar un trabajo para mí. ¡Tenía que encontrar una forma más original que ésa! ¡Debía encontrar algo que excitara su curiosidad y lo trajera hasta mí! ¡Y lo he conseguido!: el «Corazón de Oro». ¡Bonito anzuelo!

Le miré fijamente a sus ojos azules: parecía sincero. Y, además, con sus dólares, me había salvado de un buen apuro.

—¿Qué desea usted de mí?

Me miró fijamente antes de hablar.

—No se lo puedo explicar en pocas palabras... ¿Ha oído hablar alguna vez del «Libro de Toth»?

—No.

—Se trata de un libro que, casi con toda seguridad, fue escrito hace más de diez mil años por unos sacerdotes egipcios.

—¿Pretende decirme que, después de tanto tiempo, ese libro no se ha convertido en polvo? —repliqué humorísticamente, sin poder vencer la reticencia que me producía el estar ante alguien que me había manejado a su antojo.

—Debo recordarle que los egipcios fueron maestros en el arte de conservar sus bienes más apreciados. No hay más que pensar en las momias... Según las personas que han podido leer el libro, dentro de él se contienen todos los secretos de civilizaciones anteriores: Explica cómo dominar los océanos, las tierras, los cielos, cómo resucitar a los muertos y obrar a distancia, cómo comunicarse con los animales en su lenguaje, cómo hacer obedecer al fuego, a las tinieblas...

—¡Caramba! —repliqué yo dentro del tono distante que quería darle a la conversación—. Si algún avisado editor, lo publica hoy... ¡Seguro que lo convertirá en un *best-seller*!

Oliver Hodgson sonrió amable y condescendentemente mi broma. Parecía como si no le importase que yo tomase a burla los hechos que él me estaba contando. Y yo, un tanto desairado por la forma en que me había convocado a la reunión, estaba dispuesto a seguir tomándole el pelo.

—Permítame que prosiga —dijo Hodgson suavemente—. No se trata de un libro común, como ya habrá deducido. Posiblemente algunas de esas cosas que se dice que encierran sus páginas, no pasen de ser exageraciones. Pero no deja de ser extraña la furia con la que ha sido perseguido a través de la historia: Kanuas, hijo de Ramsés II, mandó quemarlo 300 años a. C.; todo mago de Alejandría que se jactó de poseerlo, murió accidentalmente. Se sabe que la famosa Biblioteca de Alejandría, la mayor acumulación de saber de la antigüedad, tenía al «Libro de Toth» como uno de sus bienes más preciados. ¿Qué le sucedió? Julio César, 47 años antes del nacimiento de Cristo, quemó algunos de sus volúmenes

buscando acabar con los libros de Alquimia y de «Sabidurías Negras». La emperatriz Zenobia, el emperador Diocleciano, los árabes... ¡Todos intentan acabar con el «Libro de Toth»! ¡El libro más perseguido y castigado de la Historia!

No sabía si todo lo que me estaba contando Oliver Hodgson era verdad o se trataba de una fantasía inspirada en cuatro fechas históricas bien seleccionadas. Pero lo cierto es que estaba comenzando a despertar mi interés.

—Afortunadamente, estos enemigos de la ciencia no consiguieron su propósito. Hay bastantes referencias más recientes al «Libro de Toth». Christian Pitois, bibliotecario de Napoleón III, afirma que un resumen del libro se encuentra en la baraja del Tarot. También el prestigioso arqueólogo C. Daly King afirma que el libro ha llegado hasta nuestros días. Y muchos más famosos personajes que ahora sería prolijo mencionar. ¿Le interesa mi historia?

Asentí con ganas, y le pedí que prosiguiera.

—Bien, me alegro de haber despertado su curiosidad. Gracias a estudios de algunos de mis colaboradores, he llegado a la conclusión de que uno de los ejemplares del «Libro de Toth» fue llevado, antes de la destrucción de Alejandría, a otra ciudad, concretamente a lo que hoy conocemos como Estambul.

Tomó unos segundos antes de continuar.

—Una secta alejandrina, los Adoradores de la Ciencia, emprendió una peregrinación hacia Estambul. Posiblemente pensando en conservar allí su anonimato y poderse dedicar a sus estudios con la tranquilidad que no encontraron en Egipto. Y, para conseguirlo, eligieron bien la ciudad: a caballo entre dos continentes y con posibilidades de huir tanto por tierra como por mar. También tomaron la precaución de cambiar el nombre de la ciudad, para despistar a sus perseguidores. ¿Ha reparado alguna vez en que Roma es Roma desde tiempos remotos? Lo mismo le sucede a Jerusalén, Atenas, etc., etc. Y sin embargo con Estambul no sucede así: primero se llama Bizancio, luego cambia su nombre a Constantinopla, y ahora se llama Estambul. ¿No le parece curioso?

Asentí cada vez más intrigado.

—No sólo eso. Su secreta posesión del libro prohibido no debió de permanecer tan oculta como deseaban, y la ciudad es una de las más asediadas de la Historia: griegos, romanos, bizantinos, persas,

árabes, cruzados europeos... Casi todas las grandes civilizaciones se han planteado la conquista de la ciudad en un momento u otro.

—¿Cuál es exactamente mi trabajo? —pregunté dispuesto a aceptar la proposición de Oliver Hodgson—. ¿Qué he de hacer?

—Localizar el «Libro de Toth» y traérmelo. Por eso le pagaré veinte mil dólares además de los que ya le he entregado, y los gastos.

—¿Para qué quiere el libro? ¿Qué utilidad puede sacarle?

Estuvo a punto de soltar una carcajada, pero consiguió dejarla reducida a una sonrisa.

—No deseo conquistar el mundo ni nada parecido. Pero tengo muchísima curiosidad por leer un libro que ha costado tantas vidas y tantos esfuerzos.

A mí me pasaba lo mismo, así que acepté su explicación, aun a sabiendas de que seguramente no encerraría tantos secretos como se anunciaban.

—Una cosa quiero decirle —añadió Oliver—. La leyenda afirma que el que lee el libro se vuelve loco...

—No se preocupe: no sé leer en egipcio clásico.

—También dicen que es un libro mágico que cada uno puede leer en su idioma.

Después de esto, me indicó la ruta que debía de seguir: no quería que mi llegada fuera anunciada, así que debía de partir hacia Venecia y allí tomar uno de los barcos de la Cía. Marítima Turca, primero hasta Izmir y luego hasta Estambul.

Parecía como si, antes de conocerme, hubiera estado completamente convencido de que iba a aceptar, ya que había previsto todos los elementos de mi viaje.

Llegaría a Estambul entre estudiantes con poco dinero, habría de alojarme en un hotel de las cercanías de la Mezquita Azul, donde lo hacían la mayoría de los «trotamundos» que pasan por Estambul.

—He previsto cinco mil dólares para gastos —dijo Oliver Hodgson, tendiéndome los billetes—. Pero, si necesita algo «especial» como un arma, un coche, dinero, le aconsejo que se dirija a una librería de viejo situada en la calle Tamblediz Caddesi. Es la única que hay. Allí, acérquese al dueño y dígame estas palabras: «Recuerde el arma dormida». El entenderá que es amigo mío y le ayudará en todo, y cuando digo todo, soy consciente de que Seyhan,

el propietario, es hombre de muchos recursos.

—¿Por qué no se ocupa él de su encargo? —pregunté.

Me miró a los ojos, y me dijo:

—Tiene miedo, mucho miedo. Le dará armas, dinero, mujeres... ¡Todo lo que usted necesite! Pero no le acompañará, ni querrá ser visto junto a usted. ¡Sea prudente si necesita acudir a su tienda!

—¿Dónde debo de buscar el libro? —pregunté.

—No lo sé. Lo único que tengo es un nombre que viene asociado al libro: la «Fraternidad de Bibliotecarios de la Divina Sabiduría». Una sociedad que todavía existe, pero a la que nadie sabe cómo encontrar.

Medité unos instantes, antes de preguntarle a bocajarro:

—Si tanto le interesa ese libro... ¿Por qué no va usted en su busca?

La estentórea carcajada que le arrancó mi pregunta, casi me hizo enfadar.

Se disculpó con un gesto de cabeza, y se limitó a separar los brazos y decirme:

—Míreme bien. ¿Tengo yo pinta de aventurero?

Lo miré bien: zapatos hechos a mano y tan suaves como guantes, traje de lino firmado por un diseñador italiano, «Rollex» de oro, pañuelo de seda natural al cuello.

No. Su mayor aventura había sido quedarse cinco minutos sin aire acondicionado en pleno mes de agosto.

—Tenga cuidado —me dijo como despedida.

Aquella misma noche abandoné Rio de Janeiro, en un vuelo nocturno, barato y lleno de estudiantes, con destino al aeropuerto Marco Polo de Venecia.

## CAPÍTULO II

Las prisas en salir hacia Estambul hicieron que me olvidara de comprar un libro para leer durante el camino, cosa de la que no me di cuenta hasta que estuve plácidamente sentado en el avión.

No tuve más remedio que dedicarme a leer las revistas que había a nuestra disposición. En una de ellas tropecé con algo que me conmovió: Harriford Jones se había suicidado<sup>[2]</sup>. O, al menos así lo afirmaba un periodista de Florida que lo había visto avanzar hacia alta mar, caminando y con aspecto deprimido. El «reporter» había permanecido bastante rato esperándolo. En vano. ¡Harriford Jones descansa en paz!

El vuelo Charter llegó a Venecia a las once de la mañana y desde el aeropuerto me dirigí rápidamente hacia el embarcadero.

—Dentro de diez minutos sale el barco —me anunció el vendedor de billetes.

Lo cogí. Y una vez que estuve en el camarote descubrí que tampoco me había provisto de lectura.

Así que empleé los varios días de navegación en contemplar las maravillosas costas mediterráneas de Yugoslavia, Albania, Italia, Grecia y, por fin, Turquía.

Cuando cruzamos el estrecho de los Dardanelos y nos introdujimos en el mar de Mármara dejando atrás Gallípolis, yo no cabía dentro de mi cuerpo. Y el motivo era muy simple: Estambul.

Estambul siempre me ha fascinado: se halla situada en un enclave del mundo que la hace heredera de culturas europeas, árabes y asiáticas.

Desde la lejanía, lo que más destaca de Estambul (o Istanbul que es como la llaman sus habitantes) es su increíble colección de más de mil alminares, minaretes y agujas de sus palacios. Casi podría

decirse que se trata de un colchón de fakir, erizado de pinchos.

Sus gentes, de terrible aspecto, son de las más hospitalarias del mundo y detrás de sus fieros bigotes se esconden unos corazones nobles.

Tras desembarcar y cruzar la Aduana, me dirigí a pie hacia el alojamiento que me había indicado mi «promotor».

Me gusta caminar por las ciudades, cruzarme con sus habitantes, ver sus tiendas, sus casas, sus andares..., dos millones de habitantes entremezclándose en un laberinto de calles, callejuelas y callejones.

El hotel, sin ser nada lujoso, parecía limpio. El conserje que me atendió, me explicó en inglés que iba a alquilarme una cama en una habitación de tres camas.

Estoy acostumbrado a compartir habitaciones, pero el hecho de que los gastos fueran pagados por Oliver Hodgson, me hizo decidirme por alquilar una «oda», una habitación completa.

Me indicó el número de la habitación y me invitó a que subiera.

—¿Me da la llave?

Me pareció ver cómo aguantaba una sonrisa.

—Se perdió. Unos turistas no se acordaron de dejarla aquí cuando se fueron.

—Está bien, pero tendrá un duplicado...

—Sí pero no se la puedo dejar. Si usted la pierde, esa habitación quedaría sin poderse cerrar.

—También podría dejársela a un cerrajero, para que hiciera copias.

—¿Y si la pierde él?

Aquella réplica me dejó sin respuesta. Una pareja de turistas holandeses me sacó de dudas.

—Haga como nosotros —me aconsejaron—. Encargue la custodia de su equipaje a Alá.

Bien mirado, no tenía mucho que ocultar, ya que ni siquiera había traído un libro. Y mi exiguo macuto podía acompañarme en mis desplazamientos por las calles.

Les agradecí su consejo y me dirigí a mi habitación.

Creo que era lo más parecido que pueda encontrarse a una celda de un monje medieval: una cama, un lavabo, una mesilla y un armario que parecía haber sido fabricado por un diseñador de cajas de zapatos.



Tomé posesión de mi habitación y salí a la calle.

Oliver Hodgson no me había dado ninguna instrucción concreta sobre localizar el libro, ni sobre la supuesta secta que lo poseía.

Sus únicas indicaciones concretas habían sido sobre una asociación que se dedicaba al estudio de las ciencias, de la que no sabía ni las señas de su local social, ni cuántos miembros tenía. La verdad es que me encontraba como si me hubieran enviado a buscar una aguja invisible en un pajar.

En Estambul las calles son como una diminuta pecera llena de peces de colores: miles de personas se entrecruzan, te sonríen, intentan venderte cualquier cosa, o intentan pedirte dinero, bombones, o comprarte los zapatos... Parece como si los turcos hubieran nacido para el comercio.

Me sentía perdido entre tanto bullicio. Los roces de la gente, sus empujones y alguna mano que me había parecido sentir demasiado próxima a mi macuto, me convencieron de que lo mejor era hacer una visita a Seyhan, el dueño de la librería de viejo. El me podría proporcionar lo que necesitaba: una pistola.

Y un libro.

La tienda de Seyhan respondía al sugerente nombre de «La librería de Ali Baba». Ya he dicho que se hallaba situada en Tamblediz Caddesi: un callejón oscuro y estrecho, lleno de multitud de abigarradas tiendas y bazares, en el que, a pesar de hallarse en la zona «inundada» por los turistas, a duras penas podía verse a nadie que no fuera turco.

En la zona comercial para extranjeros, cada calle se ha especializado en algo. Así tenemos la calle de los orfebres, la de las alfombras, la de las antigüedades, la cerámica pintada, los calderos de cobre, etc., en ésta parecía haberse reunido una muestra de cada una de las especialidades.

El sinuoso callejón de Tamblediz Caddesi era como un catálogo a color del comercio turco: una olorosa tienda de especias estaba situada junto a una insuperable pastelería que desde un no muy higiénico escaparate prometía mil sabores desconocidos.

A su lado, una moderna tienda de relojes, transistores, radio-cassettes y demás pequeños electrodomésticos, me recordaba con su  
MADE IN  
HONG-KONG,

que Estambul es una encrucijada de culturas.

Lentamente, debido al gentío que transitaba por el callejón, me fui acercando hasta la tienda de Seyhan.

La gente me miraba sorprendida de encontrar a un turista entrometiéndose en algo que debían de considerar como muy propio.

Es toda una experiencia sumergirse en una calle turca: la mitad de la gente transita con pesados fardos sobre la cabeza, que a la menor indicación tuya, depositan en el suelo, deslían, e intentan venderte algo de su contenido. Todos hablan a gritos, gesticulan terriblemente, ríen, chillan, se persiguen, tropiezan... ¡Es Estambul!

«La librería de Ali Baba» conservaba un extraño sabor occidental.

Su fachada era de madera tallada con suaves formas de recuerdo modernista. Tenía dos amplios escaparates en los que había depositados libros con el mismo orden que si hubieran caído al suelo víctimas de un terremoto: junto a viejos libros de medicina en francés, podía verse la última novela de Stephen King en su traducción malaya, o un catálogo alemán de grifos, compresores y tuberías.

Los dos escaparates eran muy profundos y entre ellos estaba situada la puerta, una doble puerta, de madera y cristal.

Una vez cruzadas ambas, todo el ruido de la calle quedaba aislado del interior de la tienda, que se convertía en un extraño oasis de paz y silencio.

Al fondo, en una pequeña mesa, rodeado de unas interminables pilas de libros, se hallaba un hombre de pelo canoso, pobladas cejas y bigote, que calculé sería Seyhan.

Me dirigió una ligera mirada y volvió a su trabajo.

Era prodigioso el ver cómo se movía entre aquellos inestables montones de libros. Dos milímetros de error en un giro de su codo o de su muñeca provocarían la caída de una de aquellas pilas de papel impreso y, sin embargo, Seyhan los driblaba con toda facilidad tomando un libro, abriéndolo y comprobando su estado, haciendo unas anotaciones en un viejo cuaderno de contabilidad europea, y volviendo a dejar el libro en otro de los montones.

Un par de personas curioseaban los libros cuidadosamente embutidos en las largas estanterías de madera carcomida que

llenaban completamente todas las superficies libres de las paredes.

Murmuré un tímido saludo, casi susurrando:

—Merhabat... —Que significa «Buenos días».

Nadie se molestó en contestarme. Únicamente Seyhan levantó los ojos de sus libros y me lanzó una mirada de reproche como si hubiera cometido la atrocidad de comenzar a cantar Rock Duro en una pagoda budista.

Decidí esperar hasta que los compradores abandonasen la tienda, antes de presentarme a Seyhan. Así que me dediqué a repasar los estantes en busca de algún libro que me pudiera interesar. Lo cierto es que siempre he alardeado de hablar varios idiomas, pero de eso a que me resulte fácil leerlos... Así que fui eliminando títulos por estar escritos en ruso, tagalo, noruego, indonesio, paquistaní...

Mis posibilidades iban quedando mermadas, no sólo por el interés que pudiera despertar el título o el autor, sino también por el idioma.

Los dos compradores que había en la tienda cuando yo llegué, la habían abandonado hacía un rato, pero antes de hacerlo entraron otros... Así que me resultaba imposible encontrar un solo minuto en que pudiera abordar a Seyhan y hacerle mi «pedido».

Por fin, tras media hora de paseo entre los polvorientos libros, la tienda quedó vacía. Rápidamente tomé un libro cuyo título me sonaba vagamente: «Necronomicon», y me lancé sobre Seyhan.

—«Recuerde el arma dormida» —dije en voz muy queda.

Levantó la cabeza bruscamente, como si hubiera dicho alguna barbaridad sobre la persona que lo había traído al mundo. Después entrecerró sus ojos ligeramente y me examinó con toda atención, sin preocuparse por la descortesía que podía suponer tal «chequeo».

Estuve tentado de enseñarle mi perfecta dentadura, para que se tranquilizase.

—¿Eres tú quien ha de despertar el arma? —Su voz, aunque bronca, era terriblemente suave y armoniosa.

—No. Yo sólo estoy encargado de coger el arma y transportarla hasta Oliver Hodgson.

Sus ojos, muy vivos, se dulcificaron al oír el nombre de mi «patrón».

—¿Qué tal está mi buen amigo?

Respondí con una frase de compromiso, olvidando que los turcos son unas personas tremendamente hospitalarias y ceremoniosas. Durante un buen cuarto de hora Seyhan estuvo interesándose por todos y cada uno de los miembros del cuerpo de *Mr. Hodgson*, intentando enterarse de si todos ellos gozaban de buena salud: ojos, piernas, manos, articulaciones, corazón, estómago...

Una vez convencido de la buena forma física de nuestro amigo común, se interesó por la marcha de sus negocios, sus aficiones...

Fui respondiendo nerviosamente a todas y cada una de las preguntas del turco, hasta que, por fin, éste dijo:

—¿Qué puedo hacer yo, pobre de mí, por el amigo de mi amigo?

No me atuve a las costumbres locales y renunciando a todo ceremonial fui directamente al grano:

—Necesito una pistola, un par de cargadores extras y dos cajas de munición.

—¿Le parece bien una

«Smith & Wesson»

469? Tengo una aquí mismo —respondió Seyhan dejándose también de rodeos—. Es una buena pistola, doce balas de capacidad, calibre

de 9 mm.,

miras fijas...

La conocía de sobras, así que le di mi conformidad.

—También necesito una funda sobaquera de fleje.

Me hizo una seña de que le siguiera a la trastienda, y lo hice.

De entre un montón de libros, extrajo una caja y de ella la prometida pistola. La funda salió de un cajón de una vieja mesa de roble que parecía estar a punto de romperse por el peso de los libros depositados sobre ella.

Rápidamente saqué de mi macuto las mangas de mi chaleco de cremalleras y se las coloqué, después me puse la sobaquera y comprobé un par de veces la facilidad de extracción del arma.

—¿Dónde puedo localizar a alguien de la «Fraternidad de Bibliotecarios de la Sagrada Sabiduría»?

Dejó de mirarme a los ojos y volvió a sentarse en su mesa, mientras susurraba que no le debía nada por el arma ni por el libro. Tenía miedo, así que me despedí dándole las gracias.

—¡Tenga cuidado! —dijo por toda respuesta.

Salí de la tienda sumergiéndome en la riada de gente que transitaba por Tamblediz Caddesi. Ahora me sentía más a gusto, más cómodo, más seguro... ¡Más preparado para enfrentarme a mi destino! ¡Hasta los terribles rostros de los turcos me parecían, ahora, divertidas caretas de carnaval!

Avanzaba cuidadosamente, pero sin conseguir evitar los encontronazos y golpes con el inmenso gentío que circulaba por la calle.

En una ocasión estuve a punto de pisar a un niño que, avanzando encogido, aprovechaba su poca estatura para adelantar a los mayores, regateando entre sus piernas.

Sin querer le pisé, y el chico se arrojó sobre el suelo retorciéndose y revolcándose a la vez que se sujetaba el pie descalzo con un tremendo gesto de dolor.

Agité un par de dólares ante sus narices y el dolor desapareció dejando lugar a una impecable sonrisa de agradecimiento.

Diez minutos después y una bocacalle más arriba, volví a ver al niño subido en unas cajas de cartón y oteando la multitud. Cuando me vio, me sonrió, agitó la mano y se dejó caer al suelo, entre la gente para aparecer pocos instantes después enfrente mío.

—Me llamo Selim, y tengo que advertirle que vaya con cuidado. ¡Vigile a los ladrones, yo no puedo estar protegiéndolo todo el día!

Tras terminar su frase, el niño me tendió un pequeño paquete envuelto en papel de periódico y desapareció entre las piernas de la gente.

—¡Estamos en paz! —dijo mientras se perdía de vista.

Tanteé el paquete y descubrí que la forma de su contenido se parecía extraordinariamente a la pistola que acababa de regalarme el librero.

Busqué en mi funda sobaquera y la hallé vacía.

¡Me la habían robado sin que siquiera hubiera notado ni un empujón!

Aquello me puso bastante intranquilo. Oliver Hodgson, Seyhan y Selim me habían avisado de que tuviera cuidado.

De repente, todas aquellas caras que unos segundos antes me habían parecido divertidas máscaras, ahora me parecían encerrar ojos escrutadores que escondían a enemigos ávidos de seguir mis pasos, de impedirme hacer nada.

Me coloqué el paquete de Selim cogido por el cinturón y dentro del pantalón, a la vez que redoblaba mis esfuerzos por salir de aquella calle.

Cuando lo conseguí, lo primero que hice fue cachearme los bolsillos de mi chaleco, en busca de alguna desaparición que hubiera pasado inadvertida a Selim.

No faltaba nada.

Sobraba una cosa. Lo noté en cuanto palpé el bolsillo, cerrado por la cremallera.

Rápidamente lo extraje.

Se trataba de un muñeco que me representaba fielmente: mi sombrero, mi chaleco, mi macuto... sólo había una cosa añadida: una pequeña cuerda enrollada a mi cuello y que, a primera vista, me recordó a una serpiente, a un áspid de aquellas que dicen que poseía Cleopatra.

Una serpiente egipcia.

Aquel descubrimiento contribuyó a ponerme más nervioso. No hay peor enemigo que el que no se puede ver.

Me he enfrentado en mi vida con todo: asesinos, mamuts, tiburones, halcones sanguinarios...

¡Pero lo peor es no saber con quién debes de luchar!

Decidí proseguir mis investigaciones a la mayor celeridad posible. ¡Tenía que encontrar, como fuera, a la «Fraternidad de Bibliotecarios de la Divina Sabiduría»!

¡Alguien, posiblemente ellos, habían descubierto el motivo de mi viaje y estaban decididos a impedirlo!

Tras comer ligeramente en el Olympiat, un restaurante con los mejores pescados a precios muy populares, me dediqué a la búsqueda de alguna pista que me condujera hasta la «Fraternidad».

Deduje que sería inútil preguntar en ninguna oficina de turismo, ni consultar el listín telefónico, ni nada que pudiera parecersele.

No tenía más que un camino: el azar.

Pasé toda la tarde recorriendo tiendas de antigüedades, museos históricos y todo tipo de sitios donde pudiera hallar el dato que necesitaba.

Fueron un montón de horas desperdiciadas inútilmente. En cada una de las tiendas en que hice la pregunta, el dependiente fingía como que el nombre le sonaba y, mientras hacía memoria,

intentaba venderme alguna de aquellas «antigüedades» fabricadas unos días antes en Taiwan.

Durante toda la tarde había sentido la extraña sensación de sentirme espiado. Me había parecido reconocer varias caras a las que había visto a lo largo de mis recorridos, pero aquellos bigotes y cejas pobladas contribuían a hacer todas las caras muy similares, así que ni siquiera podía estar seguro. Sólo era una vaga sensación... y mi sexto sentido no se suele equivocar: un cosquilleo que precede a mi habitual inclinación a meterme en problemas.

Decidí volver al hotel y, en el camino, entré en una tienda de antigüedades. ¡Una más! ¡Allí volví a enfrentarme con las ansias vendedoras del propietario!

—Ese nombre me suena... ¿Me permite que haga un poco de memoria?

Estaba cansado de aquel truco, así que le dije que tenía cinco minutos para recordar detrás del mostrador, mientras yo daba un vistazo a la tienda.

Me obedeció fielmente y me dejó husmear a mis anchas.

—¡Ya lo tengo! —le oí exclamar. Y cuando me volví estaba rebuscando en una gran carpeta en la que se amontonaban planos, dibujos, grabados...

Ante mis ojos me enseñó un grabado del siglo pasado en el que se veía un edificio redondo, en medio de un callejón.

Me señaló con el dedo el nombre que había escrito, en francés, al pie de la ilustración: BIBLIOTECA DE SANTA SOFIA.

—No es esto lo que yo busco. Lo mío es Divina Sabiduría.

—Sofía, en griego, quiere decir Sabiduría. Filosofía significa «Amante de la Sabiduría». Y, Santa Sofía, por tanto, quiere decir: «Divina Sabiduría».

Me incliné nuevamente sobre el grabado, llevado de la curiosidad.

—¿Sabe si aún existe esta biblioteca?

—No he oído hablar de ella. Pero, por las casas que hay en torno al edificio, yo me atrevería a decir que estaba en la calle Usakkedime. Aunque yo no recuerdo este edificio.

Le pagué, sin regatear ni un solo centavo, el exorbitante precio que me solicitó, y salí hacia el hotel con la sensación de tener, al menos, una pista.

Llegué a mi habitación completamente exhausto: el caminar sin un rumbo determinado y movido a base de codazos y pisotones me había dejado tremendamente cansado. Así que, aprovechando que ya había anochecido, tomé un café con leche y un par de pasteles y me dispuse a subir a mi habitación.

La primera sorpresa fue que, dentro, no funcionaba la luz.

La segunda, descubrir que la cerradura sin llave, ahora que yo estaba dentro, había quedado encallada y que era imposible de abrir.

La tercera fue un silbido muy inquietante.

Encendí el mechero y lo único que vi fue una serpiente, un áspid egipcio, la serpiente más venenosa del mundo, a pocos centímetros de mis rodillas.

Todavía no se cómo no apagué el mechero con los surtidores de sudor que brotaron de las palmas de mis manos.



## CAPÍTULO III

La serpiente me miraba con curiosidad. Gran parte de su cuerpo estaba alzado sobre los dos aros que formaba con el final de la cola. Su color era verde amarillento y tenía algunas manchas marrones.

No se crean que en los momentos «delicados» de mi vida yo me dedico a dar descripciones de zoología. Simplemente es que no me atrevía a moverme y estaba intentando recordar cuáles eran las características de los áspides. No me gustaría que una lombriz de tierra me diera un susto.

Una vez que hube visto su color, acudieron a mi cabeza el resto de sus peculiaridades: cuando se siente atacada hincha el cuello (y ésta ya lo había hecho), es tremendamente venenosa y escupe un líquido que produce inflamaciones muy dolorosas.

Desgraciadamente había dejado caer mi macuto al lado de la puerta y no tenía nada encima que me pudiera servir para distraer su atención.

Mi pistola, enterrada en mi pantalón, tampoco era accesible.

Y, poco a poco, la serpiente estaba empezando a ponerse nerviosa, muy nerviosa: su cuerpo se bamboleaba. Entre sus finos labios aparecía y desaparecía, a gran velocidad, una lengua larga y partida. Y silbaba, silbaba como un tren de mercancías. O por lo menos, a mí me lo parecía así.

Lentamente, comencé a mover mi mano derecha en busca de algún objeto perdido por mis bolsillos, que me permitiera atacar a la serpiente.

Necesitaba que el áspid se lanzase contra algo que no fuera yo, de esa manera tendría una posibilidad, una entre mil, de cogerle la cabeza mientras atacaba el señuelo.

Cada uno de los movimientos milimétricos de mi mano, parecían

enfurecerla aún más.

Sus ojos, que no parpadeaban, me parecían dos cañones de bazooka que no dejaban de apuntarme ni un solo segundo.

Lentamente, mis dedos palparon mi chaleco hasta encontrar un bulto: el muñeco-vudú que me habían «regalado». El muñeco que llevaba una serpiente áspid enrollada a su cuello.

El sudor de mis manos no era nada comparado con el que había inundado todo mi cuerpo: los sobacos, la frente, el pecho... todo parecía recordar a Venecia y sus canales: torrentes de líquido resbalaban sobre mi piel, chorreando en el suelo.

Si mi lucha contra la serpiente duraba media hora más, mi habitación se convertiría en una piscina.

A todos los enamorados de las saunas como sistema de adelgazar, yo les propondría que pusieran una serpiente en su vida, y conseguirían figurar en el Libro Guinness de records, como sistema de perder peso en pocos minutos.

Mientras me entretenía pensando en todas estas majaderías, los dedos de mi mano derecha seguían incansables en su labor de coger el muñeco. El índice y el medio, ya se habían introducido en el bolsillo, después de descorrer la cremallera, y habían hecho una pinza en torno a la cintura del muñeco. Lentamente lo fueron extrayendo, procurando no hacer ningún movimiento brusco que pudiera provocar el ataque de la serpiente. A la vez, yo había ido girando mi cuerpo, para ocultar mi mano de los ojos del áspid.

Por fin cerré los dedos sobre el muñeco. Lo sujeté fuertemente y respiré hondo para tranquilizarme. La cabeza me dolía tremendamente de tener los ojos fijos en los de la serpiente, intentando adivinar sus movimientos.

Cuando calculé que mis pulsaciones habían adquirido un ritmo normal, lancé mi brazo derecho hacia delante y arrojé el muñeco al hocico del reptil.

En el momento en que ella vio mi movimiento brusco, se disparó hacia mi brazo. Al soltar el muñeco, su cabeza vaciló unas milésimas de segundo, dudando entre atacar mi mano o el objeto que se le venía encima.

Eligió el segundo y lo mordió.

Una milésima de segundo después mi mano derecha se cerraba sobre su cuello.

Y otros instantes después mi mano izquierda, tras soltar el mechero, hacía compañía a la otra.

La serpiente se retorció, lanzando terribles coletazos en el aire.

Su cuerpo se enroscó en torno a mi brazo, azotándome el pecho.

Aquella pelea en la oscuridad no me gustaba nada, así que la arrojé con fuerza, contra la ventana abierta. Fallé. Me puse en cuclillas para buscar el encendedor, y cuando lo encontré, volví a encenderlo y a buscar a la serpiente.

Yacía en una esquina de mi dormitorio, aferrando fuertemente a mi muñeco.

No es que haya tenido muchas ocasiones de pelearme con serpientes, pero estoy muy seguro de que yo no la había estrangulado. Así que, una de dos: o se había suicidado, o «algo» la había matado.

Me decidí por la segunda opción. Más que nada al ver cómo el muñequito estaba completamente lleno de un serrín muy fino, y con un delicado perfume dulzón.

No creo que mis enemigos me hubieran puesto en el bolsillo uno de esos saquitos con especia que sirven para dar buen olor a la ropa guardada en los armarios, así que sólo podía pensar que el muñeco estaba envenenado.

¿Para qué? No lo sé. Dudo mucho que mis invisibles contrincantes hubieran pensado que me iba a dedicar a comerme el muñeco. ¿Quizá se trataba de algún veneno que me iba a afectar al respirar su olor? ¿O podría ser que surtiera efecto al contacto con la piel? No lo sé.

De una patada, separé la puerta de mi dormitorio de su marco y salí al pasillo.

De la habitación contigua a la mía, se asomó un tipo con cara de pocos amigos y de haber sido despertado de un reparador sueño.

Alcé mi mano derecha y le coloqué la cabeza de la serpiente a unos centímetros de sus ojos.

Dejó de protestar y se encerró, muy pálido, en su dormitorio.

Bajé hasta la planta primera y lancé a la serpiente sobre el mostrador de la recepción. El tipo que me había dado la habitación, también palideció.

No necesité hacer ni un gesto, ni decir una palabra. Creo que mi mirada lo dijo todo.

Cinco minutos después estaba alojado en una habitación con ducha, una cerradura en perfecto estado y unas sábanas que hubieran podido ser sacadas en un anuncio de detergente por TV.

Primero me di una señorial ducha, después me tendí en la cama dispuesto a dormir un montón de horas.

Me equivoqué.

Mis venas todavía debían de llevar un cóctel explosivo de sangre y adrenalina, ya que no pude conciliar el sueño.

Estaba cansado, muy cansado. Pero mi cuerpo se negaba a relajarse y dormir. Como si tuviera miedo de que durante el sueño los chicos de la «Fraternidad» fueran a gastarme otra mala pasada.

Intenté engañarme volviendo a estudiar el grabado del edificio. Pero en vez de acudir el sueño a mi cerebro, lo que acudieron fueron unas inaguantables ganas de ir a dar un vistazo al lugar.

Así que me vestí y me zambullí en la noche de Estambul.

No era muy tarde y la ciudad estaba animada. Grandes coches americanos muy pasados de moda, se enseñoaban de la noche que ocultaba mejor sus «repasos» de pintura, sus abolladuras, y sus «rascadas».

La gente avanzaba animadamente hacia los cafetines, las terrazas, los paseos... Creo que es una de las características más agradables de todas las ciudades del Mediterráneo: ver la noche, en la calle, detrás de una cerveza, o un vaso de vino.

Mientras paseaba hacia la Usakkedime Caddesi, volvía a sentir esa sensación de que alguien me seguía. Ya saben a lo que me refiero. Seguro que cuando eran niños y circulaban en un metro o autobús, se han quedado mirando fijamente el cogote del individuo que iba delante de ustedes leyendo el periódico. Y seguro que, unos segundos después, aquel individuo se ha vuelto.

A mí me sucedía lo mismo. Pero en vez de tener una mirada en la nuca, me sentía como si fuera Bo Derek en bikini caminando por un oasis solamente poblado por rudos tuaregs hambrientos de sexo. Sentía muchas miradas, y las notaba agobiantes, como si estuvieran dándome golpes de karate en el cogote.

Antes de salir del hotel había retenido en la memoria el recorrido que debía de hacer, pues no quería lanzarme a la noche consultando el plano-guía cada dos pasos: hacer eso es ir pidiendo a los cacos que te asalten.

A pesar de todo, utilizaba todos los espejos y cristales de los escaparates para intentar dar un vistazo a mis espaldas y descubrir alguna cara que me siguiera.

Si no conseguía sacar nada en limpio de la «Biblioteca de la Fraternidad», quizá alguno de mis seguidores tendría una valiosa información que darme bajo los calurosos «achuchones» del cañón de mi

«Smith & Wesson».

Pero no conseguí fijarme en ningún rostro.

Cada vez que espiaba, eran diferentes las personas que había a mis espaldas.

Y, sin embargo, aquella molesta sensación, no cesaba ni un solo segundo.

Rápidamente, y sin dar mayores concesiones a mi agradable deambular, comencé a acelerar mi paso en busca de la «Biblioteca».

No tardé mucho en encontrar la calle Usakkedime, nuevamente un callejón estrecho y sinuoso, aunque no tan largo como la Tablediz Caddesi. Lo recorrí completamente en menos de cinco minutos, sin hallar ningún edificio que pudiera parecerse al que había dibujado en el grabado.

Desanduve mis pasos y volví a recorrer la calle, fijándome atentamente en todas y cada una de las casas, nuevamente sin ningún resultado.

Dudé unos instantes en dar por perdida la partida y volver al hotel, o recorrer nuevamente la calle.

Elegí lo segundo. A estas horas la calle estaba semidesértica y me resultaba posible examinar los edificios detenidamente, cosa que dudaba me fuera posible hacer a la mañana siguiente, cuando las tiendas abrieran sus puertas.

Así que comencé a andar nuevamente, pero fijando mis ojos en el lado izquierdo de la calle. Llevaba el grabado firmemente impreso en mi memoria y si veía alguna de aquellas casas que estaban dibujadas frente a la Biblioteca, no dudaba en que sería capaz de reconocerlas.

Y entonces, justo en aquel momento, creí reconocerlas. Se trataba de unas casas de una planta, de ladrillo recubierto de yeso, a las que ahora les había nacido encima un segundo piso de madera. Las ventanas del primer piso eran rectangulares, con

ventanales de guillotina. Y las de la planta baja seguían siendo árabes, con unos portones de arco de herradura apuntados, como no los había visto en ninguna otra parte de Estambul.

Quizá cuando se había realizado el grabado eran muy frecuentes en la ciudad, y ahora los planes urbanísticos habían acabado con aquellas viejas casas. Quizá aquella fuera la explicación, pero mi corazón comenzó a latir apresuradamente, mientras estudiaba el edificio situado enfrente de las casuchas.

Era un edificio de base rectangular y de ladrillo cubierto de yeso. En la planta baja no había más que una puerta, grande, de madera de roble y tachonada de clavos. Hasta unos seis metros del suelo, no se veía una hilera de ventanas, también de estilo árabe.

La pared estaba tremendamente cuarteada, la puerta parecía muy deteriorada por el tiempo, y una gran cantidad de ventanas carecían de cristales o los conservaban rotos.

Lo primero que hice fue acercarme a la puerta y comprobar que pese a su aspecto abandonado, con la madera rota y carcomida por algunas partes y el hierro oxidado, la cerradura estaba perfectamente engrasada.

Lo comprobé por el simple procedimiento de introducir una esquina de mi pañuelo y sacarla como si me hubiera limpiado las manos después de haber trasteado en el interior del motor de mi coche.

Curiosamente, el espacio que suele quedar entre la puerta y el suelo en las viejas construcciones, aquí estaba completamente libre de polvo y tierra. Eso indicaba que la puerta se abría con la suficiente frecuencia como para impedir que el polvo se almacenase.

Resumiendo: aquella puerta se abría muchas veces y el que lo hacía, no, tenía ningún interés en que nadie se diera cuenta.

Lo más lógico hubiera sido abandonar el lugar, dormir unas cuantas horas y volver a la noche siguiente, pero...

Ustedes me conocen bien, y yo también: dando un suspiro busqué un trozo de cuerda en mi macuto.

No había. De tal forma que no tuve más remedio que ir rebuscando entre las cajas que los dueños de las tiendas dejan con desperdicios para lograr conseguir algo que se le pareciera.

Y, de paso, «espiar» la calle para averiguar si me seguían, y

evitar que me dieran un disgusto cuando estuviera dentro del edificio.

No vi nada sospechoso y conseguí unos montones de cordeles, cuerdas, sogas, cables eléctricos y similares, que me permitieron hacer una trenza de unos cuantos metros, sujeta a unos garfios plegables de acero que siempre llevo en el macuto.

Un minuto después estaba trepando por la pared, con destino a una de las ventanas.

Cuando me detuve en el alféizar, lancé una nueva ojeada a mi alrededor sin ver nada que me hiciera sospechar.

Saqué la linterna de uno de mis bolsillos e iluminé el interior del edificio.

Para mi sorpresa la pared en la que estaba la ventana, llegaba hasta el suelo, sin ningún piso intermedio.

Y mayor sorpresa aún cuando descubrí a unos centímetros de mi cara una nueva pared de ladrillo.

La recorrí con la linterna y descubrí que era una pared de base circular.

¡Habían ocultado el edificio del grabado, por el sistema de construir otro cuadrado, alrededor de él!

Con la linterna fui buscando la forma de introducirme, en el nuevo edificio redondo.

Las pocas ventanas que se veían en el grabado, se hallaban cegadas por ladrillos, como si hubieran querido cerrar la biblioteca, impidiendo que se pudiera entrar por otro sitio que por la puerta.

No tuve más remedio que deslizarme por la cuerda naciendo un improvisado y no muy ortodoxo «rappel» por una pared lisa.

Cuando estuve en el suelo, desenganché mis garfios y me dispuse a rodear el edificio interior hasta encontrar la puerta.

No tardé mucho tiempo en hallarla.

Otra sorpresa más para mi colección, cuando me encontré ante una modernísimas puerta de alta seguridad, que dudo mucho que tuviera ningún banco en Turquía.

«Aquello» era inexpugnable.

A «aquello» no se le podía atacar con truquitos de cuerdecitas, cortaúñas, o

«Smith & Wesson»

calibre 9.

«Aquello» sólo podía medirse con lanzas térmicas o bombas atómicas.

Conforme la miraba no podía evitar que una sensación de excitación me fuera recorriendo. ¿Cuál era el secreto que guardaban tan celosamente? ¿Estaba allí dentro el «Libro de Toth», el libro que enseñaba todos los secretos de la naturaleza, el libro que enseñaba las ciencias perdidas?...

No tenía más que una posibilidad de lograr penetrar en aquel «bunker» y era confiar en que el tejado tuviera algún punto débil.

Así que nuevamente hube de lanzar la cuerda con los garfios y trepar por ella, hasta alcanzar la techumbre.

Tal y como había previsto, aquélla era la parte más débil. El tejado, hecho a base de vigas de madera cubiertas por tejas, era una maraña de tablones de sustentación de los dos edificios, que a pesar de tener dos tejados diferentes, coincidían en algunos puntos.

No tardé mucho en quitar unos ladrillos y hacerme un espacio suficiente como para poder introducirme en el «Sancta Sanctorum» de la «Fraternidad de Bibliotecarios de la Divina Sabiduría».

Volví a sorprenderme: dentro del edificio redondo, había otro triangular.

Esta nueva construcción de piedra estaba perfectamente unida a la circular, de tal manera que entre un edificio y otro sólo quedaban tres espacios comunicados entre sí.

Enfoqué mi linterna para ver si había alguna abertura, y descubrí a ras del suelo, una puerta de apariencia más normal que la anterior.

Nuevo descenso en nervioso «rappel» hasta situarme frente a la puerta.

Aquélla ya era más «a mi medida».

Una ganzúa, un cortaplumas y un hierro, me facilitaron la entrada.

Yo esperaba encontrar una biblioteca.

O cuando menos un libro.

«El libro».

Pero no había nada de eso.

Simplemente se trataba de una gran habitación triangular, con las paredes de piedra, algo destrozadas, y un raído tapiz colgando del techo.



Y nada más.

Se lo repito por si no lo han entendido:

—¡Nada más! —Lo dije en voz alta como para convencerme a mí mismo.

Y entonces noté una cosa que me extrañó.

¿Han probado a gritar en una amplia habitación desnuda?  
¿Saben lo que sucede?

Se produce eco. Aunque sea leve, pero eco.

Y allí no.

Di una fuerte patada en el suelo y yo casi no la oí.

Dejé caer el garfio de acero, y sólo escuché algo parecido al roce de una pluma sobre la hierba. Aquello era muy extraño. ¿Qué desconocida facultad impedía la propagación del sonido en aquel recinto?

Me encontraba inquieto, desasosegado. Sin darme cuenta, mi mano izquierda estaba pellizcando nerviosamente la costura de mi pantalón.

Decidí dar un rápido vistazo y largarme. Con la linterna fui recorriendo todos y cada uno de los metros de la pared en busca de alguna rendija, de alguna señal, de algo.

Pero busqué en vano.

Únicamente en los últimos metros, en los más altos, la pared presentaba algunos desconchones y grietas.

También examiné el suelo palmo a palmo, sin ningún resultado.

Las losas, también de piedra, no ocultaban la entrada a ningún pasadizo, ni túnel subterráneo. Únicamente en algunos puntos estaba oscurecida por haber encendido fuego sobre la piedra.

Lo último que hice fue repasar el tapiz apolillado que colgaba del techo.

Pero no puedo decir nada de él. Quizá hace siglos, en su superficie habría algún dibujo o texto. Pero ahora, después de la acción del tiempo, las partes que no estaban agujereadas por la polilla presentaban un color hueso, como el de los antiguos pergaminos.

Emprendí la salida desilusionado.

¿Por qué tanto interés en ocultar aquel edificio triangular?

¿Cuál era su secreto?

Iba tan desanimado que el recorrido de salida se me hizo largo,

penoso y cansado.

Y cuando salí de nuevo a la calle respiré hondo, y me encaminé con paso desmayado hacia mi hotel.

Tan absorto iba en mis pensamientos que ni siquiera me di cuenta de las sombras que se iban reuniendo a mis espaldas.

## CAPÍTULO IV

Deambulaba sumergido en mis elucubraciones: podía haberme encontrado un ejército de frente y ni me hubiera dado cuenta.

El primer aviso me lo dio una voz aguda.

—¡Cuidado, turista! ¡A tu espalda!

Imbécil de mí, en vez de seguir las instrucciones de la voz, me dediqué a intentar localizar a su propietario.

No podría jurarlo, pero me pareció ver al pequeño Selim, huyendo entre las sombras del callejón perpendicular al que yo estaba recorriendo.

Lo siguiente que sentí fue una coz de mula en mi espalda, precisamente en mi riñón derecho.

De una forma brusca todo el aire de mis pulmones desapareció, no quedándome nada, ni siquiera para dar ese grito que mi cuerpo necesitaba lanzar a los cuatro vientos.

Caí al suelo en la zona más oscura del callejón y, casi antes de que aquellas estúpidas lucecitas de colores abandonaran mis ojos, me pareció ver unas sombras lanzándose sobre mí.

Sólo pude apartarme rodando dolorosamente sobre mi costado derecho. Algo parecido a una ballena se desplomó sobre el sitio que yo había ocupado antes.

A costa de una gran capacidad de concentración, conseguí dejar el dolor en un segundo plano y que mis músculos comenzaran a obedecer a mi cerebro, y no a los violentos espasmos que les llegaban desde la zona que había sido golpeada.

En las sombras una voz grave comenzó a dirigir a los tres hombres que se me enfrentaban.

—¡Sagda! ¡Cok, cok! ¡Sen! ¡Veter!

Era turco, y les decía:

—¡A la derecha! ¡Más, más! ¡Tú! ¡Basta ya!

Durante un momento en que uno de los contendientes permaneció unos segundos en la zona iluminada por la luna, puede observarlo detenidamente: llevaba el cráneo completamente afeitado y el torso desnudo y embadurnado de aceite. No vestía más que unos pantalones negros, de cuero, que parecían muy duros y que despedían destellos: ¡clavos de plata!

Recordé las imágenes que había visto de YAGLI: la terrible lucha turca, y cuadraban perfectamente con los aspectos de aquellos tipos: pantalones de cuero, tachonados de clavos de plata, y el cuerpo completamente cubierto de aceite para dificultar la presa del enemigo.

Los tres me rodeaban y no sabía cuál iba a ser el primero en atacar. Por primera vez me fijé en los ojos de uno de ellos, y podría jurar que no tenía pupilas, que sus ojos estaban completamente en blanco.

Me dispuse a defenderme de su ataque.

Aquellos hombres eran especialistas en presas y llaves. Si conseguían agarrarme, los huesos rotos se podrían contar por docenas.

Así que no tuve más remedio que abandonar toda deportividad, todo «*fair-play*», y prepararme a luchar aunque fuera a mordiscos y estirones de pelo.

Ya sé que no queda muy bien que yo diga esto, pero peor es que ésta fuera la última aventura que les cuento a ustedes.

El primero que se me vino encima recibió mis dedos índice y medio en sus fosas nasales.

Creo que se las desgarré.

Mi brazo se manchó por una violenta explosión de sangre, y el individuo cayó al suelo, llevándose las manos al rostro, gimiendo y revolcándose.

Pero el luchador que se hallaba a mi espalda había conseguido apoderarse de mi brazo izquierdo, y me lo retorció con fuerza, hacia la espalda, provocándome una nueva oleada de dolor.

No sé si esta llave figura en algún manual, ni siquiera sé si la he inventado yo. Por no saber, desconozco si sería capaz de repetirla, o si se la estoy explicando a ustedes tal como sucedió.

Pero lo cierto es que dejé que mi cuerpo siguiera la contracción

de mi brazo. En un segundo me vi con los pies alzados del suelo, y moviéndolos paralelos a éste, como si fuera una hélice.

Noté cómo el hombre que me había atrapado el brazo perdía pie, y su presa se aflojaba.

Intenté agarrarlo y se me escapó de entre los brazos como si fuera un saco de sebo.

Creo que en aquel momento, mientras los dos rodábamos por el suelo, oí en la lejanía una voz femenina, un grito de mujer.

Pero no le hice caso, concentrado como estaba en defenderme de mis enemigos.

Volvía a estar frente a los tres, que me rodeaban.

El de la nariz desganaada parecía un zombie. Seguro que yo le iba a dejar un recuerdo en la cara que iba a ser muy difícil de borrar hasta con ayuda del mejor cirujano plástico del mundo.

Yo seguía llevando mi

«Smith & Wesson»

del 9 en la funda sobaquera que me había regalado Seyhan, pero los tres tipos aquéllos no apartaban ni un solo segundo sus ojos de mí. Es decir que si durante un solo instante me permitía el lujo de tener la mano dentro de la cazadora, buscando la pistola, y sólo me defendía de ellos con la otra mano, ese instante les iba a ser más que suficiente para lanzarse sobre mí y convertirme en comida para perros.

Desde las sombras, la voz grave, seguía «azuzándolos» contra mí, como si se tratara de perros de presa.

Decidí que ya era hora de que aquel tipo participara en el baile. Amagué un golpe de pie hacia uno de sus esbirros. Antes de llegar a golpearle, giré velozmente y me lancé sobre el que estaba a mis espaldas, el que se hallaba situado entre «VOZ GRAVE» y yo.

Él ya se había lanzado hacia mí, al creer que yo iba contra su compañero.

Venía a buena velocidad.

Sólo tuve que desviarme un poco, alzar mi mano derecha con los «deditos» cerrados, y dejar que se estrellase contra mi puño.

¡THOOOMB! ¡CRACK!

Bueno, todo hay que decirlo, yo empujé un poco mi puño.

Cayó de espaldas como un pingüino con hemorroides.

Y yo salté limpiamente sobre él y, en dos zancadas, «VOZ

GRAVE» estuvo al alcance de mis manos.

Iba vestido con una larga chilaba oscura, con la capucha tapándole la cabeza y dejando en sombras su cara.

Más parecía un monje franciscano que un «domador de fieras».

Al verme ir hacia él, no pareció preocuparse, ni realizar ningún movimiento para protegerse de mi furia.

—¡Ven aquí, fantasmón! —dije yo mientras le agarraba por una de las amplias mangas de su chilaba.

Estiré de ella intentando lanzarlo contra sus hombros. En vano.

Probé a golpearle con el canto de la mano, tal y como me habían enseñado mis profesores de karate.

¡SHAAACK!

Y obtuve los mismos resultados que si hubiera intentado derribar la Estatua de la Libertad, a puntapiés.

Antes de que hubiera podido reponerme de la sorpresa provocada por la escasa efectividad de mis golpes, noté cómo dos pares de manos se apoderaban de mi cuerpo.

Unas lo hicieron por la cabeza y cuello, las otras por los pies.

Y a continuación me sentí como una toalla mojada, en unos lavaderos.

Me estrujaron y retorcieron sin piedad y con placer.

Creo que mis chillidos debieron de alertar a toda la policía de Estambul.

Pero, en lugar de ser ellos los que acudieran a salvarme, lo hizo una extraña sombra de pelo negro, que se lanzó sobre la cabeza del que me sujetaba por los pies.

Lanzó un rugido que dejó pequeño al mío de pocos segundos antes.

El tipo aquel me soltó los tobillos mientras intentaba quitarse «la cosa» de la cabeza.

Yo, aprovechando que todavía me sujetaban por el cuello, me doblé como una gamba, y lancé mis pies al encuentro de la cara de mi enemigo.

Conseguí quedarme libre, aunque caí al suelo sobre uno de los hombros, de una forma bastante dolorosa.

Mientras me incorporaba vi cómo dos de mis enemigos se batían con las dos «sombras peludas». El tercero se había situado frente a «VOZ GRAVE» y, con los brazos muy separados, hacía ademán de

protegerlo.

Me detuve un instante para averiguar quiénes eran mis sorprendidos defensores.

Y los vi.

Eran dos panteras negras.

Entre tremendos ruidos saltaban del suelo a mis enemigos, propinándoles tremendos zarpazos.

Los luchadores turcos, gracias a que llevaban el cuerpo aceitado, conseguían que en alguno de sus ataques, los felinos resbalasen sin herirlos.

Pero esto sólo sucedía algunas veces.

Las otras les dejaban unos regueros de carne abierta y sangre sobre sus cuerpos.

Creo que estuve como un minuto contemplando, atónito, lo que sucedía. Un minuto lo suficientemente largo como para ver cómo mis enemigos iban retrocediendo acosados por las dos panteras, con el terror reflejado en sus ojos sin pupilas.

Entonces, «VOZ GRAVE» apartó enérgicamente al que le protegía y se situó frente a las panteras con las manos alzadas hacia ellas.

Los dos animales dejaron de atacar a los esbirros, y comenzaron a rugir, mientras se pegaban al suelo, como gatos dispuestos a saltar.

Pero no lo hacían.

Lentamente iban retrocediendo, girando sus cabezas hacia el suelo, como si pretendieran rehuir las miradas de «VOZ GRAVE».

Me recordaban a los animales que el domador hace retroceder, en la pista del circo, golpeándolos con su látigo.

Antes de cada paso retrocedido, giraban la cabeza y rugían amenazadoramente. Incluso lanzaban algún tímido zarpazo al aire.

No me gustaba el cariz que estaba tomando la cosa, así que desenfundé mi revólver.

Oí una voz femenina que venía gritando a mis espaldas:

—¡Atacad! ¡Atacad! ¿Qué os pasa?

«VOZ GRAVE» hizo un gesto a sus hombres, que dieron media vuelta y comenzaron a correr por el callejón, mientras el «monje» lanzaba su último ataque a las panteras.

Los dos animales rodaron por el suelo y «VOZ GRAVE»

aprovechó aquel momento para salir huyendo.

—¡Alto! ¡Quieto o disparo! —grité.

Una mano femenina se apoyó enérgicamente en mi brazo y me hizo bajar la pistola.

—¿Estás loco? ¿Tienes licencia de armas? ¿Sabes cómo funcionan las cárceles en Turquía?

Me volví a decidido a decirle que ya sabía buscarme yo sólo los problemas.

—¡Kobra! —dije incapaz de creer que fuera ella mi salvadora.

Kobra, una chica que se dedicaba a hacer *strip-tease* acompañada de tigres, panteras... Una rubia escultural que la última vez que la vi, se despedía de mí después de haberme robado la cartera.<sup>[3]</sup>

Fue como si me hubiera leído el pensamiento.

—Con «esto» estamos en paz: me refiero a aquel dinero que me «prestaste» en Cannes.

Cuando, aquel día de que hablaba Kobra, descubrí que me había robado todo mi dinero, escogí media docena de formas de asesinarla. Pero ahora que estaba ante mí, con un traje de cuero negro ajustado, muy ajustado... se me olvidaron todas.

—Veo que te encuentras muy bien... —dije después de la larga mirada que le dediqué—. ¿Cómo me has localizado?

—Es muy largo de contar...

—Creo que tienes razón. Vamos a tu hotel o al mío, y podremos charlar largo y tendido.

—Siempre te ha gustado charlar largo y... tendido —me dijo, sonriéndome pícaramente.

Yo me sonrojé.



## CAPÍTULO V

Kobra, ustedes ya la conocen, no es un personaje común. Tiene una habilidad tan notable como la mía, para meterse en problemas, y aún más para salir de ellos.

El conserje del hotel, cuando nos vio pasar, estuvo a punto de decir que Kobra no podía subir conmigo a la habitación. Sólo estuvo «a punto de». Cuando las dos panteras le sonrieron a dúo, decidió que si yo conseguía salir con vida de una habitación con un áspid, no era nada de preocupante que me encerrara con dos panteras y una mujer como aquélla. Así que enfundó su amenazador dedo índice y se recostó en su sillón confiando en poder dormir un buen rato.

Nada más entrar en mi habitación, Kobra se quitó el traje de cuero, pretextando que tenía calor.

Me lo explicó todo: que acababa de salir de trabajar y se dirigía a su hotel, que le había parecido verme andar por el callejón, que estaba segura de que alguien me seguía y que, por tanto, había tomado la sabia decisión de ayudarme y, de esta manera, devolver los dólares que me había arrebatado en Cannes.

Siempre tendré la duda de si dejó que me «calentasen» un poquito antes de intervenir para demostrar que verdaderamente me había salvado la vida.

Después de darle las gracias media docena de veces y afirmar que ya estábamos en paz, me animé a contarle la peripecia en la que me hallaba metido.

Kobra escuchó atentamente todo mi relato sin pestañear. Es de esas personas que han recorrido demasiado mundo para sus años, y que es capaz de creerse cualquier historia. Siempre que confíe en la persona que se la cuenta.

Le hablé de Oliver Hodgson y su dinero misterioso, del «Libro de Toth», de la «Fraternidad de Bibliotecarios de la Divina Sabiduría», del muñeco-vudú en mi bolsillo, de la serpiente en mi dormitorio, de mi entrada en la «Biblioteca-de-la-Maldi-ta-Vaciedad», mi ataque en las sombras...

—Aquel tipo... —Le estaba diciendo—... era como una columna. Cuando le di el golpe por poco me parto las manos, además lo noté frío, frío como... como...

—Como un muerto —terminó Kobra mi frase.

—¡Sí! ¡Eso mismo! Creo que la frialdad que me transmitió no se puede describir con palabras. No era un frío humano era algo... maligno, inhumano, inmundo...

Kobra era lo suficientemente inteligente como para no decirme ninguna vulgaridad como: «Son imaginaciones tuyas», «debía ser alguien muy fuerte», o «los nervios gastan malas pasadas», ni siquiera aquello de «Has recibido un golpe en la cabeza y necesitas descansar. Después de un buen sueño, se te habrá olvidado todo».

No. Kobra no era de esas. Se limitó a asentir durante todo el relato y cuando yo terminé me dijo:

—Creo que necesitas que «Daga», «Estilete» y yo te ayudemos.

«Daga» y «Estilete» eran, evidentemente la pantera y su macho, que yacían pacíficamente sobre mi cama.

Cuando oyeron su nombre se limitaron a ronronear como si la voz de Kobra les sirviera de caricias.

Agradecí vivamente su ofrecimiento.

—No sé cómo puedo pagarte...

—En dólares, no te preocupes. El cincuenta por ciento de lo que cobres.

La miré boquiabierto.

—Negocios son negocios —respondió sonriente—. Además tú sabes que si hubieras estado sin un duro te habría ayudado igual, pero ya que cobras... ¡Qué mejor que compartir tus alegrías con las viejas amigas!

No dejaba de tener lógica su planteamiento, pero no era cosa de dejarse vencer sin regatear.

Debió de notarlo porque se acercó a mí.

—Haces cara de cansado... necesitas un buen masaje para dormir relajado...

Mientras decía esto se acercó a mí y comenzó a acariciarme.

Tengo que aclararles que debajo del traje de cuero que se había quitado, no llevaba más que su ropa de trabajo: es decir algo que, por su tamaño, recordaba a tres sellos de correos y que ella afirmaba enfáticamente que era un bikini.

Lentamente comenzó a desabotonarme el chaleco, la camisa...

Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Qué diablos pasa?

—¿El señor James? —interrogaron desde detrás de la puerta.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Soy el inspector Bulen Yasilai, y los seis hombres de las metralletas que están apuntando a su puerta, son seis policías a mis órdenes.

Aquello aclaraba muchas cosas: durante unos instantes calibré el grosor de la pared, intentando saber lo que ocurriría si disparaban a través de ella.

Decidí que era mucho mejor abrirles.

—Ponte algo por encima —le dije en voz baja a Kobra. Y luego grité—: Un momento que me estoy vistiendo.

—Procure que le oigamos mientras se viste —añadió muy significativamente el inspector Yasilai.

Kobra me miró con gesto de extrañeza, como preguntándome «¿Qué es lo que quieren?». Yo me encogí de hombros, como respondiéndole: «¡Y yo qué sé!».

Luego le hice señas de que ocultara a sus panteras en el armario para que los hombres de las metralletas no se pusieran nerviosos.

Volví a abrocharme la camisa y el chaleco mientras Kobra se ponía sobre los hombros una sábana.

—¿Crees que es prudente vestirse tan sólo con eso?

—¡No voy desnuda! —me replicó muy enfadada—. ¡Llevo el bikini debajo!

Dando un suspiro de resignación abrí la puerta.

Seis cañones de «Thomson» me apuntaron a las narices.

Siete pares de ojos apuntaron a los muslos de Kobra, que asomaban bajo la sábana.

—No molesta. Usted es siempre bienvenido —repliqué con la misma sorna.

Me puso su carnet debajo de las narices. Luego sonrió y dijo:

—Nos han avisado de que es usted un traficante de droga... ¡de heroína, para ser más exactos!

¿Conocen ustedes aquella película que se llamaba «El expreso de medianoche»? Pues yo la recordé entera en unos segundos.

—Me parece que se confunde de persona...

Me sonrió mientras negaba con la cabeza.

—¿Cacheamos a la chica? —dijo uno de los policías animándose. El inspector Yasilai le fulminó con la mirada.

—¡Ni tocarlos! Por lo menos hasta que lleguemos a Comisaría.

No dijo nada de «si son culpables», o de «si hemos de interrogarlos», o algo parecido: dio por sentado que se nos iban a llevar.

Kobra también se había dado cuenta de aquel detalle.

—¡Lo he encontrado, inspector! —dijo uno de los policías con la misma expresión que un niño dice a su maestro que tiene la solución del problema.

Salió de debajo de la cama, arrastrando unos paquetes de plástico transparente llenos de polvo blanco.

¡Mis enemigos pretendían apartarme de la circulación a cualquier precio!

Kobra me fulminó con la mirada. Yo le dije que no era cosa mía.

—Alguien quiere comprometerme, inspector.

—Sí... ya... claro... ¡Le comprendo! —dijo irónicamente—. Usted no sabe quién ha dejado ese paquete...

Entonces fue cuando tuve una brillante idea.

—Voy a serle sincero, inspector: nunca he traficado con heroína, nunca. Lo más que he llegado a hacer es contrabando de diamantes.

—¿Diamantes? —dijo el inspector sorprendido—. ¿Pretende que me lo crea?

Le sonreí con confianza antes de hablar.

—En estos momentos tengo un cuarto de millón de dólares en diamantes... ¿Cree usted que me arriesgaría a llevar heroína en esas condiciones? Usted sabe que los perros huelen la heroína, pero no pueden olfatear diamantes. ¿Cree que, en mi caso, me arriesgaría por unos gramos de droga?

Al inspector Yasilai le brillaron los ojos.

—¿Dónde están esos diamantes? ¡Quiero...!, ¡ejem!..., ¡comprobar que dice la verdad!

Le señalé el armario.

Dos de sus policías se dirigieron hacia él. Yasilai los detuvo con un enérgico grito y fue él quien apoyó la mano en la llave, la hizo girar y abrió la puerta.

—¡Sangre! —gritó Kobra, a la vez que se quitaba la sábana y la arrojaba sobre los policías que estaban detrás del inspector.

Las panteras saltaron rugiendo desde el interior del armario. El inspector Yasilai recibió una en la cabeza.

Kobra empujó a los policías que había cubierto con la sábana.

Mis puños se encargaron de los dos que había junto a la puerta.

—¡La ventana! —le grité a Kobra a la vez que dejaba K. O. a uno de los policías que pretendía escapar de debajo de la sábana.

Las panteras estaban disfrutando de lo lindo.

Kobra también.

Yo abrí la ventana, cogí a la chica y le susurré al oído:

—Vamos antes de que se complique más la cosa.

A unos tres metros de la ventana, estaba el tejado de la casa de enfrente.

Kobra saltó limpiamente.

Yo cogí mi macuto, saqué la pistola, disparé a la luz, y salí por la ventana procurando hacer el menor ruido posible.

El único que podía habernos visto escapar era el inspector, y la pantera lo tenía muy entretenido.

La situación dentro de la habitación no era muy cómoda: tres polis desmayados, dos panteras furiosas, no había luz, tres polis más agitándose como locos bajo una sábana...

Y, en aquel momento, a uno de ellos se le ocurrió disparar.

Fue una ráfaga larga, que roció de balas toda la habitación.

Debieron de pensar que era yo, porque otro poli se unió a los disparos.

—¡«Daga»!... ¡«Estilete»! —dijo Kobra, llamándolas.

Como dos dardos, las panteras se asomaron a la ventana, nos localizaron y saltaron al tejado, a nuestro lado.

Dentro de la habitación seguían escuchándose disparos, gritos y golpes.

—¡Por aquí! —dijo Kobra estirándome del brazo.

He de reconocer que Estambul no es una ciudad que se distinga por el asfaltado de sus calles: muchas de ellas son de barro de la

peor calidad.

Pero sus tejados... ¡Ay, sus tejados!

Tienen una gran variedad de materiales para construirlos: latas de conserva desdobladas, cartones de caja, placas de conglomerado, cristales...

Las panteras se movían como pez en el agua.

Kobra iba con un poco más de cuidado.

Pero yo avanzaba como si fuera descalzo y el suelo estuviera lleno de escorpiones, chinchetas y trozos de vidrio.

Cada vez que apoyaba mi peso sobre uno de mis pies, una sinfonía de crujidos atronaba la noche.

Tenía miedo de que una de mis zancadas me colocase en el lecho conyugal de un matrimonio turco.

No debía de estar muy desencaminado, ya que conforme avanzaba sobre los tejados, las luces de las casas se iban encendiendo, y un coro de voces coléricas pedían a Alá que me sucedieran un montón de enfermedades, me ocurrieran todos los accidentes del mundo, o que, simplemente, me cayera un rayo sobre la cabeza.

—¡Van por allí! —Oí que el inspector Yasilai gritaba a mis espaldas—. ¡Deténganlo! ¡Ha matado a un policía!

Dudo mucho que ningún ciudadano de Estambul, a pesar de sus voces, se animara a subir a los tejados a perseguirme.

El inspector debió de pensar lo mismo, porque comenzó a disparar sobre nosotros. ¡Y con buena puntería!

He de decir, en honor de la verdad, que me había dejado influir por el pobre aspecto de los tejados de esta barriada.

La rociada de balas que cayó sobre mí, me ayudó a comprender que resistían con toda fortaleza mis saltos, pisadas y caídas.

En pocos segundos me puse a la altura de Kobra.

Por la calle comenzaban a oírse pitidos de policías y sirenas de coches-patrulla.

El inspector y uno de sus policías de uniforme se habían lanzado en nuestra persecución, sin temor de las pobres techumbres.

—¿Por dónde vamos? —le pregunté a Kobra.

Estábamos sobre una casa de tres plantas. Uno de sus lados lindaba con un bloque moderno de siete pisos de altura: imposible subir ahí. Otro de sus lados daba a una calle infestada de policías

que nos apuntaban con sus focos: tampoco era conveniente bajar allí. El tercer lado daba a un tejadillo de aspecto mucho más frágil que los que habíamos atravesado hasta entonces. Y por el cuarto, venía Yasilai a la carrera.

—¿Por dónde huimos? —volví a preguntarle a Kobra.

Noté un tirón en el pantalón.

—¡Por aquí! ¡Rápido! —me dijo una voz infantil.

Miré al suelo. Selim, el niño que había impedido que me robaran la pistola, el que me había avisado del ataque de los luchadores turcos, me contemplaba por una abertura del tejado.

Era una plancha de madera que el niño sujetaba con su cabeza.

—¡Vamos, no perdáis tiempo!

Se apartó manteniendo abierta la trampilla.

Me dejé caer. Después vino Kobra y las panteras.

El niño ya había abandonado la habitación y corría por un pasillo.

—¡Vamos detrás de él! —le dije a Kobra.

Cruzamos el pasillo y llegamos a un comedor. Del balcón salían unos cuerdas de tender la ropa que llegaban hasta la casa de enfrente. Selim había tendido una madera sobre ella y cruzamos todos a la mayor velocidad posible.

Atravesamos esta nueva casa, siempre tras Selim, hasta llegar a una terracita en la trasera. Bajo ella, había un patio en el que se amontonaban miles de cajas de madera. Saltamos sobre ellas y de allí al suelo.

Mientras tanto el niño manipulaba con un cortaplumas una ventana a ras de suelo.

—¡Ya está! —dijo cuando el CLICK indicó que se había abierto.

Debía de ser el almacén de algún bazar, ya que en los estantes se amontonaban toda suerte de artículos.

Cruzamos a toda velocidad por allí. Selim abrió una puerta y subimos por una escalera, hasta llegar a lo que era la azotea de la casa de pisos modernos.

Desde el terrado había tendida una cuerda que llegaba hasta una gigantesca grúa situada en un solar próximo.

Selim comenzó a reptar sobre la cuerda. Yo le imité.

—¡Espera, Indy! ¡Tenemos que llevarnos las panteras! Ellas no pueden caminar por ahí —dijo Kobra.

Me volví para explicarle dónde se podía meter las panteras, pero no me dio tiempo: me abrió el chaleco de cremalleras, hasta el penúltimo botón, y me colocó allí a «Estilete», que se acurrucó en mi seno como un bebé.

Ella se puso a «Daga» a horcajadas sobre los hombros.

A pesar del macuto y de la pantera, conseguí llegar a la grúa, pero creo que la piel de mis manos se quedó «tapizando» aquella cuerda.

Respiré cansadamente cuando alcancé la grúa.

—Indy... ¡Un calambre! —Oí que decía Kobra.

Estaba a cuatro metros de mí.

Colgaba de la cuerda sujeta únicamente con una mano.

Y sus ojos estaban llenos de terror.



## CAPÍTULO VI

—¿No decías que ibas a ayudarme por un módico 50 por ciento? —le dije mientras dejaba a «Estilete» en la plataforma.

—Dejémoslo en cuarenta —dijo Kobra con un susurro de voz—. Pero no estoy en condiciones de resistir un fuerte regateo: si te pones duro... ¡Te ayudo gratis!

—¡Aceptado! —repliqué mientras comenzaba a volver a caminar por la cuerda.

Llegué junto a ella, di tiempo a que se colgara de mi cuello y desanduve el camino.

¿He de explicarles en qué condiciones llegué a la plataforma? La cabeza me daba vueltas, mis bíceps parecían auténtico «Flan de Huevo» y mi corazón intentaba hacerle la competencia al batería de los «Scorpions».

—¿Dónde está ese niño? ¿Quién es? —preguntó Kobra cuando recuperó su respiración.

—Es mi «Angelito de la Guarda», mi salvavidas y mi madre, todo en una persona —contesté mientras buscaba a Selim con la vista.

No había muchos sitios para esconderse en la plataforma de la grúa.

A mi derecha había una escalerilla metálica que llevaba hasta la cabina de mandos.

—Debe de haber bajado por aquí... —dije dirigiéndome a la escalerilla.

Repentinamente la grúa comenzó a moverse, a girar sobre sí misma.

Desde lo alto podía ver cómo no había ni rastro de policía alrededor nuestro. Lo más probable es que estuvieran buscándonos unas manzanas más allá.

El brazo de la grúa estaba acercándose peligrosamente a un minarete.

—Lo único que faltaría sería que esa torrecilla religiosa fuera un cohete —dijo Kobra mientras acariciaba a sus nerviosas panteras.

El extremo superior del brazo de la grúa quedó a unos pocos centímetros de la barandilla que rodeaba el balconcillo del minarete.

Me volví hacia la cabina y vi a Selim que, desde abajo, nos hacía imperiosos gestos de que nos metiéramos allí.

Volvimos a coger las panteras y subimos por la grúa hasta alcanzar el torreón.

Luego, la grúa se alejó y recuperó su posición primitiva. Selim, una vez cumplida su función, se alejó corriendo por uno de los callejones.

Yo estaba verdaderamente cansado. Kobra y las panteras también.

—No me has explicado la historia de ese niño —me dijo Kobra.

Comencé a narrarle todas las cosas que me habían sucedido con él. Y todas las veces que me había salvado.

Kobra escuchó silenciosamente y con atención durante treinta segundos. Después sus ojos se cerraron y comenzó a dar unos sonoros ronquidos.

Yo intenté imitarla, pero no pude. Generalmente cuando estoy muy excitado no puedo conciliar el sueño.

Y ahora estaba excitado, no por el cuerpo de Kobra, sino por los miembros de la «Fraternidad de Bibliotecarios de la Divina Sabiduría».

Me sentía muy impotente ante ellos: parecían saberlo todo, poderlo hacer todo, y estaban dispuestos a impedir, a cualquier precio, que yo me apoderase de su secreto. Fuese cual fuese éste.

Consulté mi reloj.

Eran las tres de la mañana. Antes de dos horas el sacerdote árabe subiría hasta lo alto del minarete, hasta donde estábamos nosotros, para llamar a los fieles a la oración.

Para entonces tendríamos que haber salido de allí, y para eso sería necesario que la Policía hubiese abandonado la zona.

Creo que no estábamos en condiciones de pasar ante un solo policía de Estambul, sin ser reconocidos. Todos tendrían ya la

descripción de nuestros rasgos y, por otra parte, no haría falta que los leyeran dos veces para grabárselos en la memoria: «Un tipo con pinta de gorila, acompañado por una guapa chica rubia semidesnuda y dos panteras».

¿A que no sería difícil reconocernos?

Desde el minarete se podía contemplar un buen trozo de la ciudad a nuestros pies.

Por el laberinto de callejuelas todavía se veían los focos de los coches de la Policía escudriñando entre los tejados. También se podía ver a algunos hombres de uniforme que se afanaban en nuestra búsqueda parapetados detrás de unos impresionantes subfusiles. Para colmo, nadie les había dado la orden de apagar sus sirenas. Así que, con un absoluto desprecio por el descanso nocturno de sus ciudadanos, éstas seguían despertando a la noche.

Numerosas personas estaban asomadas a las ventanas lanzando maldiciones en voz baja a la Policía, y en voz alta a nosotros.

Aquello disminuía nuestras posibilidades de conseguir escapar al cerco que la «bofia» había montado en el barrio. Tal y como estaban los ánimos de la población era muy fácil que alguno de aquellos «mirones» lanzase un grito al vernos escurrimos entre las sombras de algún callejón.

Vistas las cosas de esta manera no nos quedaba más que esperar a que llegase el sacerdote árabe, quitarle su chilaba, que Kobra se la pusiese, y salir a la calle.

Me levanté del suelo y me estiré. El sueño comenzaba a acudir a mí, y no era el momento más indicado, ya que no quería que el sacerdote nos pillase durmiendo.

Me acerqué al balconcillo para que la escasa brisa fresca me ayudase en mi lucha contra el sueño.

Era bonito ver Estambul desde lo alto. El sol todavía tardaría unas horas en salir y la silueta de la ciudad resaltaba sobre la oscuridad de la noche. Desde donde yo me hallaba se divisaban perfectamente el Cuerno de Oro con los puentes que lo cruzan, el Palacio Topkapi, Santa Sofía, la Mezquita Azul, la de Bavaceto II, la de Solimán el Magnífico, la de Rustem Bajá, la Galata Kulesi... y todo el resto de monumentos de la ciudad.

Mi vista vagó, perdida sobre la ciudad, hasta fijarse en un punto del cielo.

Un punto que caía en picado sobre una gaviota: la única que volaba en aquel momento.

Me sorprendió no ver más gaviotas. Y me sorprendió que aquello que parecía ser un halcón, se abatiera sobre ella.

La golpeó, dejándola sin sentido y, en vez de atacarla, remontó el vuelo con celeridad.

Luego se dirigió hacia mí.

No cabía duda que el sueño comenzaba a hacer mella en mi cerebro y comenzaba a ver visiones. Volví al interior del minarete y saqué de mi macuto el libro que me había regalado Seyhan, el dueño de «La librería de Ali Baba».

Por primera vez lo observé; se trataba de un libro cuidadosamente encuadernado en piel negra, brillante y pulida. En el centro y con letras plateadas se podía leer el título: «Necronomicon».

Lo abrí con cuidado ya que parecía muy antiguo y las hojas estaban reseca y quebradizas.

En la primera página se leía el nombre del autor: Abdul Alhazred. Lo hojeé lentamente: tenía un montón de grabaditos en madera. Me animé y me fui a la primera página, decidido a leer para evitar que me venciera el sueño.

Estaba en latín.

Maldije en voz baja para no despertar a Kobra. ¿Quién sabe leer en latín en esta época?

Si no hubiera sido porque podía delatar nuestra presencia, lo hubiera arrojado por la ventana.

Fue entonces, mirando a la ventana, cuando lo vi.

Era un halcón posado en el alféizar.

Me observaba con sus grandes ojos fijos en los míos, y con el pico ligeramente entreabierto en lo que me parecía una sonrisa cruel y sanguinaria, descaradamente humana.

De reojo comprobé que las panteras habían abierto los ojos pero no miraban hacia el pájaro.

—«Estilete»... ¡Ven! —le susurré a la pantera.

Lentamente se incorporó y se acercó a mí. Con mucha precaución y, tras acariciarle la cabeza, le obligué a mirar en dirección al ave de presa.

«Estilete» no se inmutó, como si el halcón no existiera. Le solté

la cabeza y, tras mirarme unos segundos en busca de más caricias, se dirigió hacia donde yacía su compañera.

Me fijé nuevamente en el halcón.

¿Sería una imagen fruto de mi mente cansada?

Probé a levantarme con suavidad y la cabeza del ave me siguió en mis movimientos.

Una vez en pie, podía ver sus garras apoyadas en el alféizar y también que en una de ellas, en la derecha, llevaba una nota sujeta con un cordel.

Me acerqué con cuidado al pájaro. Sabía que con sólo un golpe de pico era capaz de arrancarme un dedo. Procuré no hacer ningún movimiento brusco que le incitara a atacarme o a emprender el vuelo.

Kobra acababa de despertarse y lo observaba todo atentamente.

Cuando mi mano derecha estuvo cerca del halcón, dio un saltito y se apoyó en mi antebrazo sin hacer presión con sus garras. Lo hizo con extraordinaria suavidad, sin que yo me sintiera amenazado en ningún momento.

Rápidamente desaté la cuerda que sujetaba el papel a su pata, y el mensaje cayó al suelo.

Al sentirlo, el pájaro levantó el vuelo, salió por la ventana y se perdió en la noche de Estambul.

Intenté seguirlo con la vista pero, poco a poco, se convirtió en un punto cada vez más pequeño hasta hacerse invisible.

Me agaché a coger el papel.

Lo primero que pude leer fue mi nombre. Correctamente escrito.

Después un mensaje que decía:

HEMOS OIDO HABLAR DE USTED Y SABEMOS DE SUS HAZAÑAS, PERO PECARÍAMOS DE TEMERARIOS SI NO LE AVISAMOS DE LOS GRAVES PELIGROS QUE ENCIERRA SU BUSQUEDA. NUNCA SE HA ENFRENTADO A UN PELIGRO COMO ESTE. ES ALGO QUE ESCAPA A SUS POSIBILIDADES, ALGO QUE PUEDE PRIVARLE DE SU LIBERTAD, DE SU RAZÓN Y, POR ULTIMO, DE SU VIDA. NOSOTROS LLEVAMOS MUCHOS SIGLOS INTENTANDO DOMINAR ESTA

MALIGNA FUERZA, LUCHANDO PORQUE NO SE  
DERRAME SU IMPIO PODER POR EL MUNDO.

CONSIDERE QUE ES UN CONSEJO DE AMIGO:  
ABANDONE.

Desde luego si lo que pretendían era hacerme coger el primer avión para Estados Unidos, habían fracasado en su intento. Volví a releer el texto y cada vez sentía más ganas de proseguir esta aventura hasta el final, sin reparar en el precio que podía pagar por ello.

Era como una fiebre que se hubiera apoderado de mí. ¡Tenía que seguir! Continuar como fuera, hasta llegar a leer aquellas palabras que encerraban todos los secretos del mundo, aquellos textos que guardaban dentro de sí el poder absoluto, el arma capaz de dominarlo todo: lo conocido y lo desconocido.

Ya había hecho bien Oliver Hodgson en darme aquella contraseña: «El arma dormida». No podía haber elegido un nombre mejor, más apropiado.

El «Libro de Toth» era el «Poder Durmiente» y yo, su «Príncipe», que debía de besar sus palabras para despertarlo.

—¿Qué dice ese mensaje? —preguntó Kobra.

No le contesté nada. Simplemente le tendí el papel.

Ella lo cogió y le dio un par de vueltas con gesto de extrañeza.

—¡Está en blanco! ¡No hay nada escrito!

La miré incrédulo. Ella se sobresaltó:

—Estás pálido... ¡muy pálido...! ¿Te encuentras bien? ¿Qué te sucede?

No me molesté en contestarle. De un fuerte zarpazo le arranqué el papel de las manos. «Daga» me rugió inquieta por mi gesto.

Cogí el mensaje y comencé a leérselo a Kobra. Me escuchaba atentamente, sin proferir ningún comentario. Con sus ojos fijos en los míos.

Cuando terminé, la chica estaba muy seria.

—Indy... ahí no pone nada de lo que has leído. ¡Absolutamente nada! ¿Pretendes volverme loca?

Sonreí, con mis pensamientos muy lejos de aquella conversación: recordaba cómo Oliver Hodgson me había dicho que el libro, aunque escrito en Egipto podía ser leído en el idioma del

que lo profanaba con sus ojos.

Los miembros de la «Fraternidad» debían de haber desvelado aquel secreto del «Libro», y utilizaban sus conocimientos: el mensaje era para mí, y nadie más podía leerlo. ¡Nadie!

Quizá hasta el halcón no había sido visto más que por mí... ¡las panteras ni siquiera se habían inquietado, siendo que un ave es una de las presas más codiciadas por cualquier felino!

Pero Kobra lo había visto también... ¡Y el papel era real! Ella lo había tenido en sus manos aunque sin poder enterarse de su contenido. ¿Cuál era la respuesta a todos aquellos enigmas?

Ni la supe entonces, ni la sé ahora.

—¿Qué me dices de todo esto? —me preguntó Kobra agitándose de la manga para atraer mi atención—. ¿Me escuchas?

Moví la cabeza como si saliera de un sueño profundo. La chica lo comprendió.

—Te estaba diciendo que cómo han averiguado que estabas aquí... ¿Cómo han podido enviarte el mensaje hasta este mismo lugar? ¿Quién ha guiado al halcón? ¿Por qué «Daga» y «Estilete» no han hecho nada contra él?

—No lo sé.

—Esto es muy extraño... ¡Creo que lo mejor sería seguir el consejo de esa gente y huir!

Kobra me miró unos segundos antes de hablar.

—Me asustas Indy: hace tiempo que te conozco y sé que no eres un fanático; pero ahora... ¡hablas de una forma que me produce estremecimientos!

No le faltaba razón. Yo mismo era consciente de que una fuerza interior me impulsaba a seguir adelante. Una fuerza desconocida que yo no podía controlar, que me hacía insensible a todo lo que no fuera la búsqueda de aquel libro.

—No sé si tú querrás venir conmigo... —Le fui diciendo lentamente—. Pero yo sé lo que tengo que hacer. ¡Sé que el secreto está allí, en la Vieja Biblioteca de Santa Sofía! Ellos saben que yo lo he descubierto y quieren alejarme. ¡Saben que estoy demasiado cerca de su misterio! ¡No aguanto más tiempo quieto en esta cárcel!

Cogí mi macuto y me lo puse al hombro.

Kobra me tomó del brazo.

—Tengo mucho miedo, pero voy contigo. Ni siquiera sé si voy a

poderte ayudar, pero me parece que no estás en condiciones de enfrentarte en solitario a ese libro prohibido.

Descendimos rápidamente por las escaleras del minarete. A mitad de ellas había un cuartito donde encontramos algunas de las ropas que utilizaba el sacerdote árabe.

Nos pusimos una chilaba y descendimos hasta llegar a la calle.

Sabía que por algún sistema desconocido, los miembros de la Fraternidad estaban siguiendo mis pasos.

Sabía que iba a meterme en una boca, un millón de veces más peligrosa que la de un lobo.

Sabía que quizá nunca más volvería a ver la luz del sol.

Pero no podía resistirme a ir de nuevo al edificio de la «Fraternidad de Bibliotecarios de la Divina Sabiduría».



## CAPÍTULO VII

Corrimos como locos por las desiertas calles de Estambul.

Afortunadamente el inspector Bulen Yasilai ya debía de haber ordenado a sus esbirros que abandonasen nuestra búsqueda.

Kobra y yo nos zambullimos en los callejones sin acordarnos de la presencia del enemigo que nos había estado buscando y que nos había obligado a permanecer en el minarete.

Si me hubieran hecho señalar sobre el mapa de la ciudad el punto en el que nos hallábamos y al que nos dirigíamos, hubiera sido incapaz. Y sin embargo, un sexto sentido me empujaba ora en una dirección, ora en otra. En cada cruce, en cada bifurcación, sin vacilar ni un segundo, tomaba el camino más adecuado.

Una fuerza extraña se había apoderado de mí, me obligaba a seguir corriendo desesperadamente hacia mi posible destrucción.

Kobra y sus dos panteras se afanaban por seguir mi enfebrecida carrera.

Por fin, casi sin resuello, llegué ante el edificio que me estaba arrebatando la razón.

Estaba allí, tal como lo había dejado a primeras horas de aquella misma noche. Sólo hacía un rato y, sin embargo, en mi memoria quedaba lejano y distante.

Kobra se detuvo a mi lado. No hizo falta que preguntara nada ni que yo le diera ninguna explicación: estaba muy claro que aquél era el lugar de mi impía y loca peregrinación.

Rápidamente saqué de mi macuto la cuerda y el garfio. Ya sabía el camino y no nos iba a ser difícil recorrerlo de nuevo.

Kobra me recordó que me pusiera una de las panteras dentro de mi chaleco, y con los animales a cuestas, comenzamos a escalar.

Lentamente, pero sin dar un paso en falso, fuimos cruzando

aquellos misteriosos edificios contruidos con la técnica de una muñeca rusa: uno dentro de otro para no encerrar nada en el último.

Por fin alcanzamos el «Sancta Sanctorum» de la «Sociedad Maldita». Nuevamente aquella sensación de pérdida, de desilusión, de fracaso.

La misma vaciedad de mi otra visita.

—Tengo miedo, Indy... ¡Este lugar no me gusta nada! —me susurró Kobra aferrándose a mi brazo.

Las dos panteras permanecían pegadas a nosotros, con un ligero temblor en todo el cuerpo. Sus orejas estaban echadas hacia atrás, su rabo cuidadosamente introducido entre sus piernas traseras, sus ojos muy dilatados y sus fauces ligeramente abiertas, como dispuestas a lanzar un rugido salvaje que no parecía poderles salir de sus gargantas.

Presentían la Maldad de aquel edificio.

Poco a poco la ausencia de sonidos del eco de las palabras de Kobra, el silencio, desapareció. La habitación se llenó con un lamento inhumano, al principio completamente inaudible, que fue creciendo en volumen con una lentitud exasperante.

Era un coro maldito de espíritus sin descanso, doloridos, sin más fuerzas que las necesarias para desgarrar el aire con sus lamentos eternos.

Noté cómo mis cabellos se erizaban, cómo mi piel se ponía de gallina. Los dientes de Kobra comenzaron a entrechocar y sus dos fieras, con el pelo del lomo completamente erizado, se removían inquietas, mirando a todos lados, esperando un ataque que podía surgir de ninguna parte.

De sus fauces abiertas brotaba un gemido siseante que nunca antes había escuchado.

—¡Vámonos, Indy! ¡No aguanto más! —dijo Kobra angustiada. No le hice caso.

Me desprendí de su brazo y recorrí la habitación mirándolo todo sin saber qué buscaba, sin saber qué era lo que podía ayudarme a destapar el misterio de aquel salón demoníaco.

Mis ojos pasaron varias veces ante las manchas de fuego que había sobre las piedras del suelo.

Eran tres manchas.

Simétricas.

Lentamente busqué en mi macuto y no hallé más que el mechero.

Algo interior me decía que en aquellas tres manchas estaba el secreto. Pero no tenía nada que pudiera servir para hacer una hoguera.

Mis dedos acariciaron el libro que me había regalado Seyhan.

La piel en aquel momento me pareció cálida, casi con vida.

Lo extraje febrilmente. A fin de cuentas estaba escrito en latín y me iba a ser imposible leerlo nunca.

Comencé a arrancar sus viejas páginas y a amontonarlas cuidadosamente en los tres puntos manchados del suelo. Cuando hube formado tres pilas de papel similares en tamaño, las encendí con el mechero.

Fue como si las paredes multiplicasen aquella pobre luz temblorosa, y todo el salón quedó inundado de un reflejo sobrenatural pero tremendamente potente.

Kobra y yo lo miramos, pálidos de terror ante la belleza de lo maldito e inhumano de aquel prodigio.

Lentamente, la luz dejó de bailar, y sobre las paredes fueron formándose unas extrañas figuras.

Los haces luminosos, al cruzar sobre el deshilachado y carcomido tapiz, proyectaban en las paredes unas extrañas figuras que, uniéndose a las manchas y grietas existentes en las piedras de los muros, formaban un texto.

Un texto en una lengua perdida, milenaria, desconocida, pero que yo podía entender perfectamente.

Mis labios comenzaron a leerla en voz baja:

—¡Oh, amo y supremo poseedor Cthulhu, que moras en las profundas oscuridades de R'lyeh!

¡Oh, Ithaqua que caminas en el viento de los helados desiertos sin nombre! ¡Oh, Yog-Sothoth!, que vagas sin rumbo por el todo, llevando de tu mano al doliente Azathoth que...

—¡Calla! ¡Calla! —gritaba Kobra tapándose ambos oídos con las manos—. ¡No sigas, no quiero volverme loca! ¡No puedo aguantarlo...! ¡Calla, calla, por favor!

Sus ojos me miraban desencajados. La sombra de una locura

terrible y sin final comenzaba a ser visible en sus dilatadas pupilas, pero yo no podía cesar en la lectura de aquel texto, aquello que nadie antes que yo había profanado desde hacía muchos siglos...

—Sólo un poco... —supliqué a Kobra.

—¡No, no! ¡No podré resistirlo!

Me volví hacia ella y le propiné un puñetazo en el mentón. Un golpe cuya marca le iba a durar muchos días, pero que impediría que sus oídos transmitieran a su cerebro las palabras que yo pensaba leer y pronunciar. Un golpe que la salvaría de la locura.

Las panteras, extrañamente, no acudieron a protegerla de mí, ocupadas como estaban en defenderse de los ataques de las formas de la Salvaje Oscuridad.

Las dos se retorcían sobre sí mismas, lanzando desesperados zarpazos hacia el vacío que las rodeaba, como si una jauría de invisibles animales infernales y deformes, estuvieran devorándolas.

Kobra no había caído al suelo a pesar de haber perdido el conocimiento. Su cuerpo se bamboleaba como una marioneta colgada de una percha.

Con horror comprobé que sus pies no estaban apoyados en las losas, que se hallaban a un palmo de éstas. ¡El cuerpo flotaba con un dulce y suave movimiento de vaivén!

Tampoco yo estaba apoyándome sobre el suelo.

Poco a poco, ascendíamos, flotábamos, avanzando levemente hacia el centro de aquel demoníaco y maldito salón, resumen de todos los males y los horrores de los siglos perdidos en el tiempo.

El sonido había alcanzado un volumen hiriente para los oídos, una potencia que me impedía pensar, que me hacía agitarme convulsionado por su violencia.

Comencé a leer aquellas malditas palabras.

Si bien puedo recordar todo lo que leí la primera vez, me es imposible hacer lo mismo con esta lectura.

Cada vez que intento desenterrar de mi memoria las palabras que pronuncié, un terrible dolor me aqueja, llevándome casi al desmayo.

Sólo sé que leí todo aquel texto y que no he perdido la razón.

Pero sólo recuerdo algunas vagas imágenes de terror y desamparo eterno.

Mientras iba leyendo, la pared se resquebrajaba y trozos de

piedra caían lentamente hasta el suelo, donde se convertían en polvo de siglos, en muy pocos segundos.

Cada vez que leía una palabra, ésta desaparecía, se destruía. Como si mis ojos, al leerla, la hubieran despertado de su letargo y le permitieran alcanzar la muerte y el descanso eterno.

Sé que leí cosas innombrables, horribles, irracionales.

Sé que conocí y comprendí misterios y secretos perdidos y olvidados por la humanidad.

Sé que, durante unos minutos, tuve todo el Saber del Mundo, todas las Ciencias Negras hoy olvidadas, todo el Conocimiento Maligno y Prohibido. Todo.

Sólo recuerdo que Kobra y yo flotábamos a unos metros del suelo. También que nuestros cuerpos comenzaron a agitarse con furia, como una pluma en medio de una tempestad de los mares del Sur.

Vi que las paredes, una vez borradas las palabras, comenzaban a vibrar, como si las poseyera un terremoto. Profundas grietas y hendiduras surgieron en su superficie.

Por las resquebrajaduras comenzó a salir un humo denso y penetrante, profundo y oloroso. Un humo que casi nos asfixiaba. Un humo que no olía a nada conocido por mí y que, sin embargo, me recordaba a algo que no podía reconocer.

El sonido de los gritos desgarrados de los espíritus en pena, hería mis tímpanos golpeándolos sin piedad y haciéndome estremecer.

Y crecía... crecía, aumentaba sin cesar.

\* \* \*

Cuando recobré el conocimiento estaba caminando entre un grupo de turistas camino de Santa Sofía. Kobra iba a mi lado, cogida de mi brazo sin pronunciar ninguna palabra. Sus ojos estaban perdidos, como si la razón la hubiera abandonado.

Yo la tomé por los hombros y la agité, gritando desesperadamente.

Pareció volver a la vida y dijo lo mismo que los personajes de los malos «cómic»:

—¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha sucedido?

A continuación echó en falta sus dos panteras.

Rápidamente salimos de la fila de turistas que se disponían a entrar en la Basílica de Santa Sofía.

Deshicimos el camino, hasta volver a la «Biblioteca de la Divina Sabiduría».

Ante un quiosco me detuve a leer los titulares de un periódico. En primera página anunciaban que en la noche anterior se había producido un terremoto que había desprendido un trozo de yeso de una cúpula de Santa Sofía, bajo la cual había aparecido un texto que también había sido derribado por el terremoto.

—¡Santa Sofía...! ¡La Divina Sabiduría! —musité yo—. Tenía razón el hombre que me vendió el grabado.

Volvimos de nuevo ante el edificio misterioso.

Lo primero que me sorprendió fue encontrar la vieja puerta con la cerradura nueva, completamente abierta.

En la parte superior de la fachada principal, casi inmediatamente debajo del tejado, habían aparecido dos gárgolas de piedra que no estaban allí el día anterior.

Kobra no pudo reprimir un grito.

—Son «Daga» y «Estilete». ¿Qué ha pasado?

Las lágrimas inundaron sus ojos.

Los dos animales se habían convertido en piedra, una piedra vieja y desgastada, de varios siglos de antigüedad. Pero yo sabía que antes no estaban. ¡Lo sabía!

Cruzamos la puerta con precaución.

No había nadie en el interior.

Nadie, ni nada.

Los dos edificios interiores habían desaparecido.

Ahora, la «Biblioteca» no pasaba de ser un caserón cuadrado y vacío.

Examiné el suelo buscando las huellas de los cimientos del edificio circular y las del triangular, pero no pude encontrar ni una sola señal. También las manchas de humo habían desaparecido, así como el tapiz que colgaba del techo.

El suelo estaba lleno de tierra, cascotes y cenizas.

Miré a Kobra con pena, incapaz de reconfortarla en el dolor de la pérdida de sus animales.

—Vámonos de aquí... vámonos de Estambul.

Lo dijo con convicción, como expresando un profundo deseo del

que nada ni nadie podría apartarla.

—De acuerdo, nos vamos. Pero antes déjame que haga un par de cosas.

Me dirigí con la chica hacia «La Librería de Ali Baba».

No estaba.

En sólo veinticuatro horas había sido vaciada de su contenido y un matrimonio paquistaní, ayudado por dos hijos adolescentes, se hallaban instalando unas estanterías metálicas, sobre las que iban depositando radio-cassettes, transistores, pequeñas calculadoras, relojes digitales...

Les pregunté por las señas del antiguo propietario, y me respondieron que no lo conocían.

El día anterior, por la tarde, habían visto el local con el letrero de SE ALQUILA, habían llamado a las señas indicadas y lo habían contratado.

—El dueño de la Agencia nos informó que la tienda llevaba bastante tiempo desocupada.

Era inútil intentar encontrar mi pasado inmediato. Era como si todas las «carreteras» que me llevaban a él, estuvieran siendo «cerradas por obras».

Busqué un hotel donde darnos una ducha.

Mientras Kobra lo hacía, llamé a Oliver Hodgson y le informé de todo lo que había sucedido.

—No tengo ninguna prueba, ningún dato... ¡nada!

—Está bien, no se preocupe. Usted ha cumplido con su trabajo y le pagaré lo que habíamos acordado. Pero quiero que me cuente con todo lujo de detalles lo que le ha sucedido. Mañana salgo para Europa. Le espero en Londres por la tarde. Me alojaré en el Hotel Metropol. Encargaré una habitación a su nombre. ¡Ya hablaremos!

Colgué el teléfono y miré a Kobra que se estaba secando el pelo.

—Nos vamos a Londres —le dije—. Allí arreglaremos nuestras cuentas, te pago tu parte y descansamos unos días.

Asintió con la cabeza, y añadió:

—Dúchate pronto. Tengo ganas de tomar un avión y salir de aquí.

La obedecí y entré al cuarto de baño.

Cuando salí, diez, minutos después, Kobra había desaparecido. En su lugar quedaba mi cartera casi vacía y una nota:

QUERIDO INDY: CADA VEZ QUE TE ENCUENTRO  
MUERE ALGÚN ANIMAL MUY

APRECIADO POR MI. CREO QUE ERES  
INCOMPATIBLE CON MIS AMIGOS. LO SIENTO. TE  
DEJO DINERO PARA PAGAR EL HOTEL Y EL BILLETE  
HASTA LONDRES. EL RESTO LO COJO A CUENTA DE  
LO QUE ME DEBES. YA NOS VEREMOS.

Si, desde luego era el estilo de Kobra.

Desde el hotel pedí una reserva para el primer vuelo a Londres.  
Y media hora después estaba en el aeropuerto dispuesto a embarcar.  
Había mucha gente haciendo cola para recoger sus encargos  
telefónicos.

Cuando me tocó el turno, mi avión ya debía estar cargando  
pasajeros, y a punto de despegar.

Recogí mi billete, pagué y salí corriendo hacia el control de  
pasaportes.

—¡Cuidado, señor! ¡Le están robando!

Me giré en seco y vi a Selim, mi pequeño protector, que sacaba  
su mano de mi macuto y salía corriendo, perdiéndose entre las  
maletas, carritos cargados y turistas que abarrotaban el aeropuerto  
de Estambul.

No tenía tiempo para salir en su persecución, mi avión estaba a  
punto de despegar.

Corrí hacia la aduana sin perder un segundo en comprobar lo  
que podía faltarme del macuto, ya que, a fin de cuentas, no llevaba  
nada de valor.

Durante el vuelo dormí todo lo que no había podido hacerlo en  
Estambul, y hasta que no estuve en el Hotel Metropol, no me acordé  
del niño y el macuto.

Lo hice justo cuando, por teléfono, me avisaron de que Oliver  
Hodgson acababa de llegar y de que subía a mi habitación.

Había llegado sólo unos minutos después que yo.

Rebusqué en el macuto mientras esperaba que llamasen a la  
puerta.

No faltaba nada.

Sobraba una cosa.



Selim había puesto, entre mis escasas pertenencias, las viejas tapas de piel del libro que yo había estado leyendo: el «Necronomicon».

Y una nota:

## HABIAS OLVIDADO ESTO EN LA BIBLIOTECA.

Sonreí con la mirada perdida. Aquello era mi única prueba de todo lo que me había sucedido.

Oliver Hodgson llamó a mi puerta unos segundos después. Ante dos vasos de auténtico scotch, le conté todo lo que me había sucedido y, como colofón, le tendí las tapas del libro.

Me miró horrorizado.

—Éste... ¿Éste es el libro que usted quemó?

—Estaba en latín..., pensé que no tenía ninguna utilidad.

Creo que estuvo a punto de ponerse a llorar.

—Este libro... ¡Tantas personas han hablado de él: Robert Bloch, Lovecraft, Lin Carter, Derleth...! Todos están convencidos de que es un libro imaginario. ¡De que no ha existido nunca! Y usted, usted lo ha quemado...

—Yo no sabía que...

—No es suya la culpa... —dijo pausadamente—. Después sacó un sobre abierto que mostraba su contenido en billetes americanos: —Esto es suyo... —dijo abatido. Y, después, acariciando las tapas del «Necronomicon», añadió—: Y esto... mío. Mucho más valioso que el «Libro de Toth».

Salió de mi habitación sin despedirse.

Al día siguiente, el conserje me informó de que Oliver Hodgson no había dormido en el hotel; había cancelado su reserva y había desaparecido.

Palpé mi cartera llena de billetes.

A pesar del montón de dólares, era demasiado poco para lo cerca que había estado de la muerte, de la locura, de lo maldito.

Demasiado poco comparado con el Mal Eterno, con el Arma Dormida.



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del

TBO,

se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por

N y A,

para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

### **Listado de la colección:**

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy... espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut... ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble... o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —... Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: <http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/>

## Notas

[1] Véase «Séptimo hijo de hijo séptimo», n.º 16 de esta colección.

< <

[2] Para saber más cosas de Harriford Jones, os aconsejo que leáis el n.º 4 de esta colección: «El panteón flotante». < <



[3] Kobra vivió conmigo la aventura de «El diente de perro» (número 2 de esta colección), y se despidió de mí en «La maldición de los mil siglos» (número 3 de esta colección). Si no las han leído, les sugiero que las pidan a la Editorial. < <